

Federación Universitaria

Adherido a la "Corda Fratres"

VERBUM

ÓRGANO DEL CENTRO ESTUDIANTES

DE

FILOSOFÍA Y LETRAS

DIRECTOR

CARMELO M. BONET

Secretario de Redacción

SIDNEY A. SMITH

SUMARIO:

La Dirección: Manifiesto.

Leopoldo Carlos Castiella: Marcelino Menéndez y Pelayo.

Centro de Estudiantes: Homenaje a Menéndez y Pelayo.

Mercedes Daus: La Oración.

Arturo H. Vázquez: La Vagabunda (versos).

Alfonso Corti: El Discípulo (traducción de Oscar Wilde).

Carlos Obligado: Una noche... (Diálogo)

Carmelo M. Bonet: Los Nuestros.

Rosa Matilde González Oreján: ¿Por que?... (versos).

Sidney A. Smith: Decrepitudes nuevas y lozanías viejas.

C. M. Bonet: Relaciones entre la moral y el derecho.

R. G.: Lady Elena Jofré.

Redacción: Notas y Comentarios.

FEDERACIÓN UNIVERSITARIA

CORRIENTES, 2038

NÓNIMA DE DELEGADOS (1912 1913)

*Del Centro Estudiantes
de Agronomía y Veterinaria:*

Enrique E. Charles.
José Comaleras.
Fernando Cerdeña.
Néstor Estefanell.
Alfredo Luzio.

*Del Centro Estudiantes
de Derecho:*

Carlos Alberto Acevedo.
Miguel A. Cárcano.
Leocadio Paz.
Diego R. Traverso.
Felipe S. Pérez.

*Del Centro Estudiantes de
Filosofía y Letras*

Carmelo M. Bonet.
Coriolano Alberini.
Alfredo Bianchi.
Alfonso Corti.
Pascual Pasarella.

*Del Círculo Médico Argen-
tino y Centro Estudiantes
de Medicina*

Nerio A. Rojas.
Alfredo Causabón.
Manuel N. Novas.
Francisco Belgeri.
Alejandro Raitzin.

Del Centro Estudiantes de Ingeniería

Julio A. Cores.
Serafín González.
Juan M. Edo.
Luis A. Herbin.
Víctor Arias.

CENTRO ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COMISIÓN DIRECTIVA:

Presidente: Carmelo M. Bonet.
Vice-presidente 1.º: Pascual Pasarella
Vice-presidente 2.º: Alcira Villegas.

Secretario: Alfonso Corti.
Pro-secretaria: Matilde González Orejón.
Tesorera: Beatriz Burbridge.

DELEGADOS:

Por los egresados: Roberto F. Giusti y Coriolano Alberini
„ el 5.º año: Alfredo A. Bianchi y Carlos Obligado
„ „ 4.º año: Arturo Vázquez y Emilio Ravignani
„ „ 3.º año: Sidney Smith y Luis Matharán
„ „ 2.º año: Carlos Sanguinetti y Florian Oliver
„ „ 1.º año: José M. Texier y Urbano Díaz

VERBUM

Órgano del Centro Estudiantes de Filosofía y Letras

Director
CARMELO M. BONET

Secretario de Redacción
SIDNEY A. SMITH

AÑO V

BUENOS AIRES, AGOSTO DE 1912

N.º 20

MANIFIESTO:

El Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras invita á todos los alumnos de esta Facultad á agruparse en su seno con el propósito de constituir una entidad cohesionada y fuerte, capaz de sostener una publicación que sea á la par que un exponente de la intelectualidad de los estudiantes, un medio de desenvolverla y un vehículo de propaganda.

No ha de tener la propaganda siempre asidero con los comestibles y las tierras. También la necesitan las cosas del espíritu.

Entendemos que una Facultad de Filosofía y Letras tiene, en un país como este, una misión altamente educativa que cumplir; y lo entendemos á pesar del escepticismo de los indiferentes y de la interesada negativa de los obcecados.

¿Cuál es esta misión? Sencillamente, formar un núcleo de artistas-pensadores, ó de pensadores-artistas, que pongan una arista de luz en la opacidad de nuestro mundo mercantil y agrícola-ganadero. Que no es bien que el país se conozca sólo por su balanza comercial, reflejada en los guarismos de su estadística, ó á través de la muchachada ignorante y bullanguera que se divierte en los «music-halls» de París.

Preguntemos severamente: ¿Existen en la actualidad, en la República Argentina, artistas y pensadores? Contestamos que existen, sí, pero en potencia. No se han desarrollado en forma de trasponer las fronteras del país y de imponerse á la consideración de los intelectuales del mundo. Las obras nacionales producen, generalmente, una sensación de cosa incompleta. La causa la encontramos en la falta del profesionalismo intelectual de que hablaba, hace poco, el valiente vasco Salaverría.

El campo de las letras, por ejemplo, está en poder de aficionados y de empíricos. Los aficionados son profesionales de otras carreras que escriben, de vez en cuando, por esparcimiento del espíritu. Sus producciones, como es natural, no llegan á ese punto de sazón que tienen las obras acabadas de los maestros. Los empíricos son escritores que hacen literatura por instinto y que suelen tener más pretensiones que preparación. Muchos son iconoclastas de café. Y casi todos desperdigan sus fuerzas en una producción precipitada que resulta, naturalmente, mediocre y, por lo tanto, transitoria.

He aquí, desprendiéndose de estas premisas, el papel de una Facultad de Filosofía y Letras: Llenar lagunas mentales, robustecer las ideas y aclararlas por la gimnasia sistemática, y encarrilar condiciones innatas de sensibilidad y de inteligencia por el camino de la estética y del buen gusto.

Entre nosotros hay dos factores que conspiran en contra de los estudios especulativo-literarios: el espíritu utilitario de la juventud y el desconocimiento de lo que estos estudios signifiquen en su entraña y en su alcance, es decir, en lo que tienen de íntimo y en lo que tienen de trascendente.

El espíritu utilitario es natural, porque está en el ambiente, y se nos antoja legítimo en todos aquellos que necesitan utilizar el título universitario como instrumento de acción en la lucha por la vida. ¡Pero hay tantos que no lo necesitan y se atiborran de códigos, sin entusiasmo y sin amor, habiendo una infinidad de problemas intere-

santes en las ciencias naturales y en las especulaciones del espíritu que están esperando la contracción talentosa que los ilumine!

Es, en verdad, una desgracia para el país que la juventud cercene sus alas y malogre la multiplicidad de sus aptitudes, siguiendo sumisamente cualquiera de los tres viejos y trillados rumbos universitarios: ingeniería, medicina ó derecho. Filosofía y letras se abandona más que todo, como decíamos, por desconocimiento de lo que ello sea. Bien es cierto que podemos excusar á los estudiantes secundarios el que no sepan el rol educativo de esta casa universitaria, cuando lo han ignorado hasta ciertos ministros de instrucción pública.

Contra este desconocimiento tiene que ir la propaganda nuestra, por el vehículo de una publicación de enjundia, pues tenemos que imitar á los hombres fuertes que, en la vida, cuando buenamente no obtienen las posiciones que merecen, se levantan sobre sí mismos y las conquistan.

LA DIRECCION.

Marcelino Menéndez y Pelayo

Menendez y Pelayo ha muerto. España está de duelo porque ha perdido al más grande de sus críticos, al reivindicador más eximio de sus glorias literarias y filológicas, al que con mayor empeño y mejor éxito inventariaba los tesoros enterrados en la literatura castellana y con España lo está el mundo entero, principalmente las naciones que como la nuestra, hablan y sienten, como habla y siente la grandiosa alma española.

Dando de mano al panegírico folletinista, impropio de una publicación literaria y científica, al propio tiempo que á la crítica minuciosa y de ciencia, superior á nuestras fuerzas, pongamos los ojos respetuosa y someramente en las obras del ilustre español, en la inteligencia de que no hay mayor alabanza ni mejor encomio para un escritor que hablar del valor real de sus trabajos, como no hay mayor elogio para un soldado, que la enumeración sencilla de sus combates y proezas. Inútil es dar aquí la biografía del gran crítico, cuando todos la conocemos y cuando está ya hecha por el que mejor podía hacerla, don Adolfo Bonilla de San Martín, autor de la renombrada obra: «Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento», mostrándose no indigno discípulo de tal maestro. Por lo demás, ¿quién no conoce á ese modesto y fogoso joven que cruza disputando los claustros de la Universidad con su Horacio apostillando debajo del brazo, llevando en el alma su culto á la erudición y su ansia hidrópica de beber en la fuente nunca exhausta del clasicismo helénico y romano, al par que su odio de raza á las nebulosidades transrenanas y á los melindres y afeités de vieja del enteco y bastardo clacisismo francés. Todo esto llevaba en su alma el joven universitario junto con una idea más grande y generosa que no se debe olvidar cuando se juzga



á este eminente patriota: la de rehabilitar á España filosófica, literaria é histórica, porque «rehabilitar á España es, escribe Mr. Boris de Tannenberg, uno de los pocos historiadores críticos franceses que nos han entendido, refutar los ataques injustos que ha padecido de parte de los enciclopedistas, de los historiadores protestantes y de los españoles que hacen en esto causa común con los peores enemigos de su patria».

Animado de esta grandiosa idea de la cual sacaba furezas como el Anteo de la fábula, no trepidó en poner hombres á empresa tan portentosa para un joven, como era la de estudiar minuciosamente la vida y escritos de todos los heterodoxos españoles y de los de más bulto extranjeros, hasta probar suficientemente que el Catolicismo no fué en España rémora ni estorbo si no factor principalísimo de toda cultura y progreso; pudiendo hacer suyas las palabras del precitado crítico francés: «elle (España) n'a compté dans le monde que tant qu'elle lui est restée fidèle» (1).

Fisiología, teología, Derecho civil y canónico, Historia eclesiástica y profana; Literatura latina, castellaná, francesa é italiana, todo se enlaza ó funde en esta obra, verdadero monumento levantado á la gloria de su patria y venero inagotable de erudición fresca y lozana; no adquirida de segunda mano sino propia, peculiar y como hecha carne, con la perspicacia, clarovidencia y profundidad que siempre le acompañaban, sin los alardes y manipuleos exóticos del que pretende aparentar una ciencia de que carece.

Y el que considera que esta obra se debe no á un anciano alertagado por el frío de las bibliotecas, sino á un joven, nifo casi, que llevaba «aún el polvo de las aulas sobre sus hombros», comprenderá el valor real que tal obra encierra. El fué el verdadero David, que arrojó valientemente la piedra para herir á muchos filisteos á quienes en aquel entonces se les respetaba, y como se

(1) L'Espagne Littéraire.

temía tener que habérselas con ellos solo porque los reflejos inciertos del romanticismo ó del naturalismo en literatura y la filosofía moderna les prestaba las dimensiones colosales de las figuras debidas al espejismo.

Esta obra bastante por si sola para ocupar la mitad de la vida de un hombre, es para Menéndez Pelayo como los primeros asaltos de una lucha, mientras el trabajo de investigación y de rebusco literario le ocupan en obras extraordinarias, como la «Revista de Archivos», Bibliotecas y Museos, que puede decirse suya; la edición académica de las obras de Lope de Vega, obra que asombrará al que sepa lo que en la historia literaria representa el Fénix de los ingenios y al que la lea, aunque no sea más que ligeramente, y vea cómo Menéndez Pelayo, siguiendo el encanto de su erudicción, en la que no halla rival, entra á escudriñar los orígenes de las piezas, los documentos en que se apoyan las historias que investiga, hasta probar, quizás sin quererlo, la frase de Aristóteles, que él había hecho suya: «Quod fit ut sapientius atque praestantius Poesis historia sit».

Y todo esto lo hace no en 10 ó 12 obras sino en 300 ó 400 que abrazan toda la historia de España desde sus orígenes hasta los tiempos del poeta.

Otra obra de grandes alientos es, á no dudarlo, «La Antología de líricos castellanos», obra en la que á modo de introducción publicára (dice el crítico) ligeras notas de los autores; introducción que se va alargando hasta que vestida la rica ánfora de su erudicción, el prólogo ocupa el tomo entero. Esta obra, es, en mi humilde sentir, de gran importancia en la historia de la literatura, no solo por el trabajo de bibliografía que importa, cuanto porque presenta de manera hermosa y científica la cadena áurea del lirismo castellano y porque al leerla aprendemos, cuán difícil es la adulteración de nuestra lírica, y cómo jamás se cegó esa fuente y cuán poco necesitamos mendigar de la lírica extranjera. Como trabajo de erudición es uno de los más importantes que tenemos y la única historia literaria que podemos decir completa, aunque no

se proponga tratar más que la lírica. En ella nos dá una idea acabada de los cancioneros y romanceros con su clasificación, procedencia y estado actual; hace un cuadro bastante completo de la poesía celtíbera y de la hispano-latina de los poetas de fines del Imperio Romano; del visigodo y no contentándose con la lírica, nos habla de los poemas del tiempo viejo de la literatura extranjera y nacional anterior al Renacimiento. Pero donde despliega el manto riquísimo de su erudición es en los prólogos sobre el siglo XV, al trazar el cuadro de la poesía castellana desde Pedro López de Ayala hasta los tiempos de Garcilaso, ó en el tomo XI de los romances viejos, donde los clasifica y ordena descubriendo como buen sabueso, la pieza buena de la mala, el romance de vejez postiza del de legítima antigüedad y habiendo partes en esta obra donde cada línea presupone el estudio de varios libros de engorrosa y enrevesada lectura. Seguir paso á paso los escritos de este bibliófilo infatigable es punto menos que imposible, á menos que este artículo no se convierta en extensa monografía. La Ciencia española, Horacio en España, Orígenes de la novela, Los estudios de Crítica Literaria y Filosófica, Calderón y su teatro y las disertaciones ó prólogos sobre Heine, Shakespeare, Goethe, Schiller, Byrón, etc., y los notabilísimos sobre Torres Naharro y Tirso de Molina, amén de los estudios y traducciones de los principales poetas griegos y romanos y de los por él llamados apuntes sobre la literatura hispano americana el mejor estudio de historia literaria que tienen muchas repúblicas sud americanas; si á todos estos trabajos añadimos otros de menor cuantía y los demasiado prodigados prólogos y discursos, que son muchos de ellos verdaderas joyas, tales como el discurso leído en el acto de su recepción en la Academia y el profundísimo prólogo de las obras de Pereda, tendremos una expresión aproximada de la prolífica y admirable labor de este eminente y portentoso crítico.

Pero su obra maestra, la que constituye su verdadero timbre de gloria y que ha recorrido triunfalmente to-

dos los pueblos civilizados es su admirable y genial historia de las ideas estéticas en España, obra única en el mundo, si no se hace cuenta de las de escaso valor, comparada con ésta, del itálico Croce y los apuntes desparrramados é incompletos de algunos autores franceses ó alemanes. Un libro se necesitaría si quisiéramos analizar aunque ligeramente este trabajo, cuya posibilidad hubieran negado muchos si se les hubiera dicho que un hombre osaba acometer tamaña empresa. En ella Menéndez y Pelayo, al conjuro de su varita mágica, hace desfilar ante nuestros ojos extasiados, al par de las más eminentes figuras del clasicismo, las injustamente oscurecidas de los Isidoros é Ildefonsos, las de los filósofos árabes y judíos, de Raimundo de Sabaud, Ramón Lull y Ausías March, de los profundos teólogos escolásticos posteriores al Renacimiento, de los grandes preceptistas que se adelantaban á Lessing y los de los más eminentes poetas oradores ó críticos que estudiaron y entendieron con mayor ó menor fortuna el oscuro misterio de la belleza artística. A todo este conjunto de ingenios, Menéndez Pelayo, con la seguridad del vidente, lo estudia y aquilata no concretándose á los escritores españoles sino abarcando también los filósofos estéticos, griegos y latinos y dedicando dos tomos admirables por su ciencia á los escritores alemanes, franceses é italianos.

No es mi deseo en este breve estudio defender ó adjudicar (si en mi estuviese) la infalibilidad del ilustre crítico, hombre al cabo y por lo tanto «que dormitaba algunas veces», pero sus defectos son los claroscuros que dan realce al conjunto, las depresiones de las grandes montañas, hombre, en fin, cuyos extravíos ó errores no podrán confundirse con las aberraciones de los vulgares ó mediocres.

Dos son las culpas que más generalmente se le echan: su desordenada y algún tanto redundante erudición y su parcialidad por ciertos gustos ó corrientes literarias. Pero este segundo cargo poco vale, pues la carencia de afecto ó inclinación á una corriente literaria (si es que puede existir hombre alguno que no la posea) denota-

rían falta de seguridad en su gusto estético ó de penetración artística.

El primer cargo vale aun menos. ¿No constituyen las obras de Menéndez Pelayo un conjunto armónico para el que sepa la idea que lo animaba á levantar ese monumento á la gloria de España? y en cuanto á su erudición no podrá jamás decirse que era pedantesca, sino copiosísima y ¿es esto un defecto? ¿Culpa nadie al Niágara de que vuelque en el abismo el inmenso torbellino de sus aguas? Los tales defectos, si es que lo son, serán las sombras que acompañan á los cuerpos como haya luz, las formas que se unen necesariamente á la materia cuando esta se manifiesta, pues, dos son también en mi concepto las prerrogativas más principales que hacen de Menéndez Pelayo el rey de los críticos castellanos y uno de los mayores del mundo. Y son, á saber: la universalidad y profundidad de su erudición y la intensísima penetración estética, natural en parte en él, y en parte adquirida en las mejores fuentes del clasicismo, purificadas y como divinizadas por los destellos idealistas y ultraterrenos del Cristianismo. El, á su vez, como Chénier, expuso su doctrina artística cuando dijo en su magnífica epístola á Horacio:

«Helenos y Latinos agrupados
Una sola familia, un pueblo solo,
Por los lazos del arte y de la lengua
Unidos formarán. Pero otra lumbre
Antes encienda el ánimo del vate.

El vierta añejo vino en odres nuevos
Y esa forma purísima, pagana,

Labre con mano y corazón cristianos».

Los frecuentes elogios tributados, por propios y extraños, á su asombrosa erudición, hacen que sea completamente inútil toda prueba al respecto; pero si oyese el cargo vulgar é insidioso de que Menéndez Pelayo no tenía más que una memoria prodigiosa; le repetiría las palabras

con que Valera refutaba esta falsa tacha, como sino importara altísima superioridad el poseerla. «Imposible es que alguien sea erudito, literato ó sabio sin buena memoria. Cualidad es esta que se requiere para cualquiera de dichos oficios ó profesiones; pero también se requiere buena voz para ser orador y no sabemos que Estentor perorase más gallardamente que Ulises.

Sin duda que el señor Menendez Pelayo tiene buena memoria, pero con su buena memoria se hubiera quedado sino poseyese otras facultades más altas, por cuya virtud su memoria vale». Después, añade: «Otros hay que tienen buena memoria, pero la de estos es como la urraca que roba de aquí y de acullá multitud de cosas inútiles y las amontona en desorden y para nada le sirven, y la memoria del señor Menendez Pelayo es como la abeja, que también toma, pero toma con discernimiento y buen tino, las más puras substancias del caliz de las flores y ordenando luego lo que ha tomado y prestándole no poco su generosa y natural condición, lo convierte en miel con la cual endulza y deleita el paladar de los hombres y encera con cuyo resplandor los ilumina y hace patente la misteriosa belleza del santuario y los altares». (1).

Menendez Pelayo, aunque español de pura cepa y, por lo tanto, ortodoxo á macha martillo, con sus tendencias aristotélicas ó tomistas en filosofía y su nunca paliado amor á las inmortales reliquias del mundo clásico, pertenece al orbe entero, por su estética comprensiva y magníficamente asentada en el «splendor veri» platónico y por su abundantísima y sin rival erudición que cual inmenso mar no encuentra límites ni barreras. Estas son las cualidades que hacen de él uno de los «dii majores» que en estética hayan existido jamás y que sobresalga entre sus coetáneos, al menos entre los que hablan la lengua de Castilla.

«Quantum lenta solent inter viburna cupressi» (1).

Loable y meritoria empresa sería extraer de los es-

(1) Obras completas.

(1) Egloga I v 26.

critos de este gran hombre las líneas generales de su estética esparcida en sus obras, verdadera enciclopedia; no solo para su mejor inteligencia y aprovechamiento, sino para tener como en suma y compendio los conocimientos que posee nuestra actual generación. La estética, remate y como quita-esencia de la filosofía, no se presta como la historia al trabajo del hombre.

La investigación individual no tendrá nunca en estética el decisivo efecto que en la historia y así como en ésta, gracias á él, han pasado á la categoría de leyendas fantásticas ó de recursos preciosos para novelas, como los Horrores de la Inquisición y de otras «ejusdem furfuris», la tiranía política y religiosa de la casa de Austria y la barbarie inquisitorial perseguidora de talentos (suculenta bazofia para pseudo-heterodoxos); en estética una verdad, como no sea muy principal, fluctuará siempre y su aplicación será aún más incierta, pues es difícil deslindar los campos del gusto ó capricho de los de la verdadera belleza artística. Pero si las obras de crítica bastan para hacer la figura de Menendez Pelayo gigantesca, no limitemos los dominios del genio, de suyo vastísimos, asignando á este nuevo Tostado un solo campo de acción.

Sus obras poéticas tan traídas y llevadas por la crítica, no dejan de tener altísimo valor si se consideran las cualidades del poeta y no se entra á examinar con nimia escrupulosidad los pequeños lunares que tienen todos los llamados genios por el hecho de serlo. Creo injustísima la prevención con que algunos miran las tales obras, como si la lectura y el estudio de los grandes autores y de los escritores de otra índole en vez de pulir y aquilatar, destruyera y apocara el natural estro del poeta.

Hombres de la talla literaria de Leopoldo Alas y de Juan Valera ensalzaron y enaltecieron en sumo grado las poesías líricas de Menendez Pelayo y aún Valera al juzgarlas afirmaba que si su autor las escribiera con más detención y cuidado «influirían más y valdrían más en España que en Francia, Chenier y Foscolo en Italia.

Por lo pronto de lo que menos carecen es de inspiración» y tal es la verdad. Se podrá decir de sus poesías eróticas á Lidia y á Adlaya, etc., que son algo didácticas, pero ni aún en estas se podrá decir que su autor carece de verdadera inspiración y cálido sentimiento.

Si dos ó tres poesías bastan para dar eterno renombre de poeta. ¿Se podrá negar á Menendez Pelayo tan alto y merecido alardón? La valiente y hermosa epístola á sus amigos de Santander y su magnífica á Horacio, aunque algo recargada de erudición. ¿No son ambas verdaderas joyas de la lírica castellana? Pero en mi concepto la que es un dechado de sobria y elegante inspiración, de magestuoso y encumbrado vuelo lírico, aunque hay como siempre sus consonantes inoportunos y otras pequeñas máculas, es la oda á la Galerna del Sábado de Gloria, donde sobre el fondo oscuro de horrorosa tempestad sabe el poeta dar los toques geniales y esplendurosos que iluminan el alma con las alburas celestes precursoras de una eterna bienandanza. ¿Podrá nadie negar valor subidísimo á este cuadro:

¡Piedad Señor! Sienta tus iras solo
Rota y hundida la soberbia quilla
Que oro y baldón conduce á estas arenas
O el ferrado vapor, en cuyas venas
Corre savia de fuego. Allí la sangre
De nuestra raza va: sobre estos montes
Tendió la emigración sus negras alas:
Llora la esposa en el helado lecho,
Cabe el extinto hogar llora la madre,
El campo desfallece sin cultura,
Y en tórrida región nuestros mancebos
Siega la muerte. ¡Qué más bien perezcan
Ante las rocas del amado puerto
Acariciados por maternas olas
Do lleve el viento el son de las campanas
De la torre natal á sus oídos!

¡Cuánta poesía encierran estos versos que no desdenarían hacerlos suyos los más grandes poetas del mundo!
¡Como recuerda esta exclamación patética á aquella sublime de Virgilio

O terque qualerque beati
Queis ante ora patrum, Trojoe sub moenibus altis
Contigit oppetere! etc. (1)

Pongamos fin á estas líneas que no me atrevo á llamar estudio, por lo encumbrado del asunto y la magnitud del personaje, que así poseía las ciencias históricas y literarias como las filosóficas y teológicas, convencidos, de que el que tiene en injusta saña ó pone reparos y distingos á los merecidos elogios tributados por el mundo entero, el estudio reposado y profundo de sus obras hará que el convencimiento entre en su espíritu ó no entrará jamás y que si el ser español ó tener las ideas que tan toble y dignamente defendía Marcelino Menendez y Pelayo es un estorbo, entiéndanse que más inteligencia y sobre todo más valentía, entereza y sinceridad de alma se necesita para luchar gloriosamente por los patrióticos y sanos anhelos que sustentaba y mantenía el eterno adorador de la belleza clásica y del sentimiento cristiano que para á adormecerse indolentemente en el campo incoloro de sus contrarios.

Leopoldo Carlos CASTIELLA.

(1) Eneida I v 94

Homenaje á Menéndez y Pelayo

NOTA DIRIGIDA AL Sr. MINISTRO DE ESPAÑA

Buenos Aires, Mayo 23 de 1912.

Al Señor Ministro de España:

El Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, además de otras resoluciones que ha tomado, tendientes á honrar la memoria del insigne muerto, don Marcelino Menéndez y Pelayo, ha encomendado á esta Presidencia la misión de expresar al Señor Ministro de España, el intenso sentimiento con que los estudiantes de letras y filosofía han recibido la inesperada nueva del fenecimiento de este gran cerebro español.

Cumplo con este mandato y digo al Señor Ministro que si á él le trasmitimos nuestra honda condolencia es porque entendemos que la muerte de varón tan esclarecido tiene para España los caracteres de una pérdida nacional.

Reciba el Señor Ministro la seguridad de mi consideración más distinguida.—Firmado: Carmelo M. Bonet—Alfonso Corti.

CONTESTACION DEL Sr. MINISTRO DE ESPAÑA

Buenos Aires, 25 de Mayo de 1912.

Al Señor Carmelo M. Bonet, Presidente del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras. — Señor Presidente:

Con la más grata satisfacción he recibido la nota fecha 23 del actual en la que,—cumpliendo la misión que dice le ha encomendado el Centro que dignamente preside.—expresa en forma que obliga mi agradecimiento, el hondo pesar con que los estudiantes de esa Facultad han recibido el inesperado y, por tantos conceptos, sensible fallecimiento de nuestro don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Haciendo justicia al privilegiado talento y á la incansable labor á que durante su vida se consagró el sabio bibliógrafo y esclarecido investigador de la ciencia española, el Gobierno y el pueblo en noble comunidad de sentimientos, han rendido á tan insigne español el homenaje de profundo pesar que ha causado en todas las clases sociales de España la sensible desaparición que tan expresiva y elocuentemente lamenta esa docente corporación: representante de la cultura argentina.

Rogando al señor Presidente tenga á bien dar las más expresivas gracias por la sentida condolencia á esa brillante juventud, reciba el señor Presidente la seguridad de mi consideración distinguida. Firmado:—Antonio Benítez.

COMUNICACION ENVIADA A LA FAMILIA DE MENENDEZ Y PELAYO—

Los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, se han sentido hondamente afectados por el fallecimiento de don Marcelino Menéndez y Pelayo, que era uno de sus padres espirituales.

Y han querido, por intermedio de este Centro Colegiado que represento, tributar su homenaje de admiración y de respeto hacia este magno varón desaparecido. Me han encargado, asimismo, que interprete y sintetice el sentimiento colectivo ante la familia del extinto, enviando esta nota de condolencia; condolencia por lo que la muerte trunca de afectos vivos; porque pierde la Madre Patria á un hijo sin segundo en el terreno de la

crítica literaria; y porque las viejas letras castellanas tal vez no encuentren otro mago que sacuda el polvo secular que las cubría y les permita exhibir su filón de oro ante el sol contemporáneo.

Ya pueden vestir de luto estas viejas letras castellanas: nosotros, reverentes, agregamos nuestro modesto crespón. Y formulamos un voto desde este foco de América, crisol dond^e se funde la raza nueva con el fundamento de la estirpe hidalga y el instrumento de su lengua gloriosa. Y es este voto que no espere mucho espacio en el vientre de las montañas cantábricas el bloque que haga compañía, en pose de inmortalidad, en la materna Santander, al otro santanderino preclaro, el grande creador de Sotileza:—Firmado: Carmelo M. Bonet.

La Oración

Un rayo de sol poniente; una inquietud vaga de vida que se adormece; el saludo con que despide el pájaro á la luz; las últimas vibraciones de la campana de la iglesia; la unión de los primeros instantes que preceden al éxtasis y al silencio, con los postreros estremecimientos de vida fecunda y laboriosa. Y un himno que se alza del suelo á las alturas. El instante único en que la tierra, las aguas, el viento, y los pájaros y las hojas y los insectos comulgan con el silencio y se reconcentran en oración. Un fulgor resplandeciente en las alturas; no un fulgor de claridad, sino un fulgor de infinitud. La materia desmaterializándose en plegaria al principio eterno que la rige, en canto de gloria á la plenitud de ser, á la seguridad de una continuidad de existencia, sin temor á la muerte, porque el sol que hoy se pone resplandecerá mañana, y el otoño que empieza lleva en sí una promesa de resurgimiento de nuevas primaveras.

La hora de la oración de las cosas.

Ah! La oración de las cosas no es la oración del temor, ni de la angustia, ni del remordimiento, porque ni son perecedoras, ni sufren dolor, ni tienen culpas. Es más bella que la oración del hombre, porque no surge del egoísmo, sino de la dicha. Es más sugestiva y conmovedora, porque es expansiva y es intensa.

En la hora en que empieza á preludiarse, siente el hombre la influencia de su bondad, déjase arrastrar al par que por su solemnidad, por su melancolía y su dulzura; y la hora de la oración de las cosas conviértese en la hora

de meditación del hombre: el instante de dejadez dulce y amargo del recuerdo, aquel en que se aman las cosas pasadas, y en que, lo que ya no volverá adquiere idealidad y belleza.

En ese instante el hombre une insensiblemente su recogimiento al éxtasis de la naturaleza y compenétrase de su melancolía. Sus sombras, sombras protectoras, ampáranlo con ternuras de madre, y al empezar su crescendo el apogeo del canto de las cosas, el hombre no es ya egoísta, y sus pensamientos tienen tal desprendimiento de las vanidades del mundo, que acaso pudieran ser sus pensamientos postreros.

Minutos que tienen algo de eternidad.

Luego la plegaria vase apagando, la intensidad del instante culminante pasa, el misterioso encanto del éxtasis desaparece; las sombras materiales cubren las cosas, las sombras del espíritu apodéranse tal vez del hombre y la voz de la oración se extingue por momentos: Ya no hay en las alturas el resplandeciente fulgor de infinitud que la escuchara, y abajo, en el suelo, las cosas aún estremecidas por las últimas estrofas de su oración adormécense lentamente en las tinieblas.

La noche aparece y el hombre vuelve de su recogimiento y sus recuerdos; su oración, si acaso entonces la murmura, es como en el resto del día, oración en que al presente, objeto siempre de su injusto descontento, compara las aumentadas dichas del pasado, ó las soñadas felicidades del porvenir.

Y sólo una vez en hora diferente es la oración del hombre espontánea y mística como la que une á la plegaria de la naturaleza: su última plegaria, la más bella, la más solemne, la que murmura en el instante supremo, al dejar de ser, la que reúne su pasado á su presente y á la eternidad. Y en ese instante cualquiera que sea la hora, la naturaleza y las cosas únense al hombre en su última oración.

Mercedes DAUS.

La Vagabunda

¡Sola! ¡Sola en el trágico camino!
Continuaban tus noches sin mañanas
Como un coro de Euménides hermanas
Danzando al pie del árbol del Destino.
A tu virtud no despertó rubores

En un triste mesón, manos humanas
Te dieron la bondad del pan y el vino:
Volvió á tus venas el ardor pristino
Y vislumbraste de ébano tus canas.
La caricia procaz de algún mozuelo

A tu virtud no despertó rubores,
Y proseguiste indiferente y fría.
Tu vejez, espantajo del pilluelo.

Una tarde, al volver los leñadores,
Te dieron paz bajo la tierra pía.

Arturo H. VAZQUEZ.

De Osear Wilde (1)

EL DISCIPULO

Cuando Narciso murió, el estanque de su placer se convirtió de una copa de agua dulce, en una copa de lágrimas saladas, y las Oreadas vinieron llorando á través de los bosques, para decirle canciones al estanque y consolarlo.

Y cuando vieron que el estanque se había convertido de una copa de aguas dulces, en una copa de lágrimas saladas, desataron las trenzas verdes de sus cabelleras, y clamaron al estanque y le dijeron:

«No nos sorprende que lloréis de ese modo á Narciso; era tan bello!»

«Narciso era pues bello?» dijo el estanque.

«Quién puede saberlo mejor que vos?—respondieron las Oreadas. — A nuestro lado pasaba sin detenerse; pero á vos os buscaba, y se echaba sobre vuestra ribera, y bajaba los ojos hacia vos, y en el espejo de vuestra onda miraba su belleza».

Y el estanque respondió:

«Pero yo amaba á Narciso porque, cuando él se echaba sobre mi ribera y bajaba los ojos hacia mí, en el espejo de sus ojos he visto el reflejo de mi belleza.....»

(1) No ha mucho, M. André Guide, amigo de Oscar Wilde, escribía que el grande artista había puesto nada más que su talento en sus obras, reservando el genio para la conversación, y que el autor de "Salomé" se expresaba de preferencia en apólogos.

Y en verdad que esos cuentos, esas poesías en prosa (de uno de los cuales ofrezco aquí la traducción), por la idea sutil que los genera, por su profunda é interna armonía, por su música extraña, y grande, que con el martilleo de unos mismos vocablos repetidos y vueltos á repetir, reproduce la monotonía de los cantos bíblicos, forman la parte más bella y delicada de la obra de Wilde.—ALFONSO CORTI

UNA NOCHE...

DIÁLOGO

Á Carmelo M. Bonet.

Bosque.—En el centro y algo adelante, pero sin llegar á primer término, un gran árbol cuyas raíces pueden servir de asiento. Este árbol divide en cierto modo en dos partes el fondo de la escena. Al principio de la acción, el teatro se supone alumbrado por las últimas luces de una tarde de verano, y luego por la claridad que filtra la luna llena á través del ramaje.

ESCENA

ELLA

(Es una muchacha de poco más de veinte años, linda, graciosa, sentimental sin romanticismos cursis. Viste un traje sencillo de veraneante, que lleva con el "chic" natural de nuestras niñas porteñas. Sin sombrero; un tul alrededor de la cabeza.—Blega por entre los árboles de la izquierda, como terminando de recitar algo que el público no oye.)

ELLA

Nada: que estos versos se me han pegado al oído. No sé cuántas veces los llevo dichos en el día. Tal vez sea influencia romántica del ambiente, y de ser esta mi primera tarde campestre después de un año entero de ciudad. Eso sí, que la he aprovechado: ¡cuánto caminar! Llevo recorrido íntegro el parque de esta posesión de mi tía, que no lo conocía yo, y es precioso, y lo mejor de él este bosque. ¡Qué buena idea la que ha tenido esa señora de invitarme á acompañarla aquí unos días!—¡Ay, pero si

éstoy más cansada! (*Se sienta en las raíces del árbol en el centro*). Aquí me pasaría yo la noche. Sí señor, y sería de reposo grato y ensueños dulces. (*Pausa. A poco, empieza á decir involuntariamente*):

Rauda nave que lejana
VÍ surgir . . .

(*Se interrumpe*). ¿Otra vez? Me ha dado fuerte con ellos. ¡Verdad que siempre me gustaron tanto! Serán malos, serán buenos, pero á mí me encantan. — ¡La nave que se nos aproxima . . . y que se aleja; el esbozo eterno, y banal, y triste, de algo que pudo ser y que no fué! — Muchos no llevamos aquí todavía la huella de un amor hondo: ¿quién no ha sentido la nostalgia del idilio de un minuto? (*Pausa breve*). Rauda nave... (*Otra pausa. Y comienza á recitar con cierto abandono pero con naturalidad*):

Rauda nave que lejana
VÍ surgir en la mañana,
De la aurora al brillo escaso,
Y acercarse con el día,
Y cruzar junto á la mía
Y perderse hacia el ocaso,

Rauda nave que ligeras
Das al viento tus banderas,
Y serena y arrogante,
Bajo el sol que te aureola
Firme al choque de la ola
Que nos bate en todo instante,
Vas hendiendo la llanura
De la mar, y en su amargura
Derramando la blancura
De tu estela murmurante,

Nave rauda, ¿qué destino
Te cruzó por mi camino?
¡Ah, tú llevas rumbo cierto,
Tú eres fuerte, rauda nave:
Yo soy nave que no sabe
Hallar sola el dulce puerto.
Y que tímida y suave
Busca amparo, como el ave
Tibio nido donde acabe
Su vagar en el desierto!

Rauda nave que te alejas
Y seguir sola me dejas
Este largo batallar:
Quizá unidos en ternura
Tu poder y mi dulzura,
Afrontáramos la dura
Suerte nuestra del bogar,
Y la roca que escondida
Nos acecha, y la embestida
De los vientos... y la vida,
Toda lucha sobre el mar!

Rauda nave, hubieras sido
Recio amparo, tibio nido,
Fiel oriente para mí;
Yo tu bálsamo sereno,
Yo tu calma, la que el seno
De la mar nos hace bueno...
¡Yo quiero pensar de tí,
La de la noble bandera,
La de mi dulce quimera,
Rauda nave, que pudiera
Ser así!

Mas ya que el destino trunca
Tantos sueños por jamás,
Rauda nave que ya nunca
Veré más,

Sigue magnífica y sola,
Bajo el sol que te aureola
Cada día más distante;
Sigue, y rumbo á otra ventura
Y á otras naves . . . vé segura,
Vé tendiendo la blancura
De tu estela murmurante!

(*Pausa. Se levanta con un estremecimiento*). — Va á caer la noche. Por suerte es de luna, y no queda lejos la quinta.... (*Transición: con fastidio contra sí misma*). ¡Qué tonta soy! No me lo quería confesar, pero se me han humedecido los ojos. (*Reconviniéndose*): ¿Que no llega por ahora? — Y qué ¿son muchos los vientidós años?—¡Ya vendrá, ya vendrá mi navecita, la que será mía solamente! (*Ingenua*): Dios mío: ¿y si forzara las velas un poco? (*Pausa. Con un suspiro*). ¡Quién me diera hallar para la jornada de este mundo un alma gemela de la mía, sentimental, soñadora!—¿Quién habrá sido el autor de esos versos? En boca de una mujer los puso: me adivinó sin duda. (*Sale por la izquierda y se la oye repetir al alejarse bajo la arboleda*):

Nave rauda, ¿qué destino
Te traerá por mi camino? . . .
(*La voz se pierde*).

ESCENA II.

EL

(*Llega por entre los árboles del fondo y se sienta en las raíces consabidas con muestras de algún cansancio. — Viste traje claro y sombrero de paja, con el que se abanica*).

EL

¡Treinta por mes el lote! Sale á cinco la vara. Me he pasado de mi precio, como sucede casi siempre. También, con los dichosos gurupés! (*Hace cuentas en el margen de un plano de remate*). Siete de diez por

cincuenta, á cinco . . . dividido por cuarenta . . . ¿Cuarenta? No: Treinta y seis mensualidades, sin interés. Además, dos esquinas, otro de diez por veinte . . . Comisión . . . hum . . . hum . . . —Total: tres . . . quince . . . diez y siete mil pesos con noventa centavos. — ¿Habré hecho buen negocio? Estoy desconfiando . . . No, si en este país, quien compra gana. Ahí está mi especulación del año pasado, en las lomas de Raquetín: aquello valdría uno la vara, lo pagué tres y lo vendí á doce. Lo que sí me tiene disgustado, es mi campo de Catamarca; las treinta y dos leguas que compré á principios del mes. ¿Con qué pago la seña, si he puesto en la casa de la calle Pichincha el dinero que me sobró del descuento de las cédulas? ¡Y ese pájaro de Valdés, que no me quiere dar más que diez mil pesos por traspasarle el boleto!— ¡Uff! (*Pausa breve*). Valdés . . . Valdés . . . ¿Para qué tenía que ver yo hoy á Valdés?—Por lo del ingenio azucarero. No, no era por lo de su ingenio. ¿Por qué entonces? Los seiscientos mil pesos al siete y tres cuartos no vencen hasta el martes que viene . . . —Ah, ya me acuerdo: es para lo de los títulos que me propuso. Este sí que me parece un lindo asunto ¡y tengo yo un olfato!—Lástima que no sea mía de veras siquiera una décima parte de los millones que maniobro . . . (*Pausa. Se levanta*). En fin, qué remedio! En estos tiempos hay que ser así, y seguir la corriente, y hacerse uno rico si puede. Ya he andado yo antes en cosas bien distintas, y perdido mi tiempo á lo pavo.—Parce mentira, pero hubo una época en que llegué hasta hacer . . . (*Ríe*). Sí: los he hecho. Es verdad que andaba en los dieciocho años, y enamorado de la vecina de enfrente. ¡Pero qué ripiosos me salían y qué cursis! (*Ríe otra vez*).

ESCENA III.

ELLA, EL

ELLA (*volviendo á aparecer por entre los árboles de la izquierda*). ¡Vaya un caso, Dios mío! ¿Por dónde he venido yo? Estoy inquieta. ¿No quedaba hacia este lado

la quinta? Sin embargo, no reconozco ahora el camino de vuelta. ¡Y la noche que se avanza! . . .

EL (*sin verla*)

. . . Vamos, que si me detengo más se me va el rápido de las siete y cuarenta para Retiro. No estaba desagradable el sitio, pero no es cosa de comprometer con un retardo tonto el negocio de los títulos. Esta misma noche debe comunicarme Valdés la cotización . . . (*Se va por la derecha*).

ELLA

Qué niñería! Voy sintiendo una angustia . . . —No, si al fin me he de orientar. Por este lado debe de estar el eucalipto roto por el viento, y una vez que lo encuentre . . . (*Desaparece por entre los árboles del fondo. La escena queda un minuto vacía; luego se va aproximando por la derecha un murmullo de voces. Y salen juntos Ella y El*).

EL

¿La quinta de los Plátanos dice usted, señorita?

ELLA

Sí, caballero. — He llegado ayer; salí hoy al caer la tarde á caminar un rato, me he ido internando en la arboleda, y . . .

EL

Poco sé yo también de estos contornos. Si me diera usted algún dato . . . ¿Es muy lejos de aquí?

ELLA

No, señor: á cinco ó seis cuabras todo lo más. Próxima al río, una casa blanca con mansardas rojas.

EL

Ya, ya caigo. Puedo acompañarla á usted.

ELLA

¡Ay qué alegría! Gracias, mil gracias, caballero. ¡Lo que siento molestarle!

EL

No hable usted de eso.

ELLA

¿De modo que la conocía usted?..

EL

¿Blanca, mansardas rojas? Si es junto á mis lotes.

ELLA

¿Junto á . . . ?

EL

No, nada. (¡Salirle hablando yo ahora! . . . —Lo que sí, mi tren de las siete y cuarenta. . .)

ELLA

Mejor será que me indique usted el camino solamente, que así yo sabré volver. No quiero que usted . . .

EL

No, señorita, no; no faltaba más. La dejaré junto á la verja.

ELLA

No vaya usted á perjudicarse en algo importante.

EL

Yo? No: si yo andaba por aquí . . . andaba solamente . . .

ELLA

¿Vagando? Es lindo vagar por las arboledas así, sin objeto, verdad? Menos cuando se pierde una, claro.

EL

Eso: menos cuando se pierde . . . (Menos cuando se pierde el tren, y un bonito negocio á la par).

ELLA

Es lindo vagar por las arboledas. Yo no sé . . . parece que mientras está con ellas nadie puede ser malo. Baja al corazón una paz tan suave, una tan limpia frescura desde las alturas del ramaje! Y cada árbol grande y fuerte, véalo usted que no parece mirar arriba, al cielo y al sol, sino á la criatura que pasa á su pie; y sus ramas cuanto más lozanas se inclinan más para darle sombra; y más se repliegan sus raíces cuanto más vigorosas, para brindarle asiento. ¡Ay, bajo el bosque, qué bien se vive y qué bien se sueña! (*Pausa*). ¿No le acontece á usted soñar á ratos?

EL

Y bien largos, señorita. Duermo siempre de ocho á nueve horas.

ELLA

¡Ja, ja, ja, ja! (*Risa larga y límpida*). — Ahora sí que me ha despertado usted.—Qué remedio: ya me le he revelado! ¡Romántica!

EL

Pues no crea usted que yo no comprenda . . .

ELLA

Qué he de creer ¡válgame Dios! Si todo lo comprende usted; todo, menos que se sueña despierto en las horas destinadas á hacer algo útil. Porque es usted un hombre práctico.

EL

Yo . . . Yo, señorita . . .

ELLA

Sí, si lo veo; si me ha despertado usted. ¿Quiere que se lo pruebe? — A que adivino de donde viene usted ahora?

EL

Vamos á ver de dónde vengo.

ELLA

Del remate que dieron hoy junto al pueblo; esos lotes á plazos . . .

EL (*vivamente*)

Diré á usted: los míos los compré pagaderos al contado. No piense que necesito facilidades . . .

ELLA (*muy seria*)

¿Y qué tal, hizo buen negocio? ¿Consiguió barato el metro?—Por aquí debe valer . . .

EL (*de buena fe*).

¿Ocho pesos, no es cierto? Yo pagué cinco la vara, así que me parece . . .

ELLA

Tirado; si está claro.

EL

¿Tirado? ¿Cómo tirado, señorita? Eso quisiera yo.—
Cinco la vara, fíjese usted bien: la vara, que viene á ser . . .

ELLA

Ay, se ha clavado usted entonces.

EL

Clavarme . . . como clavarme tampoco; ni es fácil que eso me suceda á mí. Verá usted: yo pensaba pagar cosa de cuatro la vara por esos terrenos. Pero no sé . . . parece que mientras está en un remate nadie puede ser prudente. ¡Y hay cada pez tan grande por allí! Y cada chasco se pasa! A lo mejor, los precios, brinca que brinca, se trepan al triple de lo razonable, dejándolo á uno con sus cálculos hechos y un palmo de narices. ¡Si me ha sucedido á veces comprar de rabia! Recordará usted el remate del año pasado, en las lomas de . . .

ELLA

Pues no lo recuerdo. Parece mentira, eh?

EL

(Pero si me estoy poniendo en ridículo). Usted no se ocupa de la materia, y es natural. Excúseme usted este . . .

ELLA

. . . ¿Desahogo práctico? Claro que sí. Como usted me excusó antes mi desahogo sentimental.

EL

Oh, fué diferente. En este sitio, y sobre todo en boca de usted, nada más oportuno ni más encantador.

ELLA

Mil gracias, pero es favor. Fué pura cursilería.

EL

Nada de eso; muy bonito. Eso de las arboledas que dijo usted, y de la paz tan suave, y del ramaje y de los ensueños! Si uno se sentía poeta!

ELLA

Sí? Pues ¿y lo suyo? lo del remate y de los lotes

y lo de tanto la vara? Si ya se figuraba una los cañales colorados, y las banderitas, y la carpa redonda, y el rematador trepado sobre una mesa. Hasta daban ganas de tomar una vara cualquiera.

EL

¿Sí? (*Pausa*).

LOS DOS

¡Ja, ja, ja, ja!

ELLA

Voy á serle franca: yo jamás he entendido una palabra de eso.

EL

Voy á serle franco: yo ni entiendo ni me ocupo desde hace años más que de eso. Debo de serle á usted totalmente antipático. (*Se cruzan sus miradas*).

ELLA (*bajando la suya*)

No crea usted que mi ideal sea un hombre que se lo pase poniendo los ojos en blanco, y suspirando, y entre suspiro y suspiro cantando á la pálida Selene.

EL

No? Pues explique usted cual sería.

ELLA (*sonriendo*)

Ay, amigo mío: un ideal que se pudiera explicar sería un ideal preciso, concreto; y un ideal concreto, un ideal práctico. Me pasaría á su bando de usted.

EL

Si no puede usted concretar su ideal, ¿cómo podrá buscarle?

ELLA

El ideal no se busca.

EL

Será que sin buscarle se le encuentra.

ELLA

Dicen que tampoco se le encuentra nunca.

EL

Resumen y saldo: que el ideal es algo absolutamente... ideal.

ELLA

Sí, por desgracia.

EL

No lo crea usted. Siempre he pensado, así, como cosa muy lejana y muy confusa, pero de la que hoy me doy cuenta, que hay algo en nosotros de insaciado, algo que aspira á algo que no tiene. . . No tiene, no tiene pies ni cabeza lo que voy diciendo, pero si yo pudiera expresarme. . .

ELLA

No busque usted palabras: ese algo es imposible de definir, como es imposible de alcanzar también.

EL

¿Por qué ha de serlo?

ELLA

Porque lo es; porque la tierra pisamos y en el mundo vivimos.

EL

No importa. ¿Por qué ha de serlo? — Supón que aspiramos á él y él nos esquiva, que los años vienen y no nos lo traen, y se van y nos dejan más desesperanzados cada vez; y que ante tí, mujer, pasan hombres, y no es ninguno, ninguno; y ante mi pasan mujeres, y ninguna es. Nada de eso importa: ¿quién nos dice que entre tantos días no llegará un día, quizá una noche. . . ?

ELLA (*trémula*).

Una noche. . .

EL

Una noche. . . (*Se estremecen los dos, despiertan, y se ven rodeados de la noche clara. Rien con risa que suena algo en falso*).

ELLA

¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¿Pero has visto. . . —pero ha visto usted qué gracioso está esto? ¡Usted!..

EL

¡Y usted. . . ! ¡Ja, ja, ja, ja!

ELLA

Usted hablando así! Pero si ha estado sentimental, casi lírico!

EL

Y usted pesimista, escéptica! ¡Ja, ja, ja!

ELLA

Si resultábamos los dos desconocidos.

EL

¿Desconocidos? (*Ríen otra vez*). Como si nos conociéramos!

ELLA

Pues es verdad. Y nadie que nos presente!

EL

Nos pasaremos de él. Presénteseme usted.

ELLA

Usted primero.

EL

Usted.

ELLA (*saludando*).

Rosa María . . .

EL

Un momento. — Sin apellidos. Presentémonos sin apellidos.

ELLA

¿Por qué?

EL

Será mucho más bonito. ¡Rosa María! Ver tan fragantes nombres achatados por un González, Pérez ó López! (*Vehemente*):—¡Rosa María! le diré yo, así, con este tono. Usted me dirá: ¡Juan Carlos . . . !

ELLA (*coqueta, con un mohín*)

Juan Carlos, así, con este otro.

EL (*con un suspiro de decepción*)

¡Ayl (*Pausa*).—Y en fin ¿me lo explica usted?

ELLA

¿Qué?

EL

Cómo es ese ideal? . . .

ELLA

¿No quedamos en que era indefinible?

EL

Es verdad. Quise decir: ese algo con que usted sustituirá forzosamente, por aproximación, su ideal inalcanzable. Qué clase de hombre, en fin, entre los hombres posibles, sería su elegido.

ELLA

Eso sí. Pues mi ideal, así entendido, sería un tipo . . .

EL

Un tipo . . . ?

ELLA

Un tipo de hombre, así... vamos, como comprenderá usted . . .

EL

Si no me da más datos . . . Pero me lo figuro: un hombre que en gustos y aspiraciones . . . y ensueños, se parezca á usted lo más posible.

ELLA

No.

EL

¿No?

ELLA

No y no. Un hombre que me complemente, no que me copie. Un hombre que . . .

EL

Que . . . ?

ELLA

Que . . . (*Volviendo la cara*) que me comprenda.

EL

¡Rosa María!

ELLA (*con el mohín de antes*)

Juan Carlos? (*Pausa*).

EL

¿Quiere saber mi ideal ahora?

ELLA

Su ideal? . . . —Quiero saberlo.

EL

Pues una mujer. . . una niña: bonita, que las hay muchísimas; buena, que las hay casi tantas; sentimental. . .

ELLA

¿Sentimental?

EL

Quiero que me complementen, no que me copien.— Sentimental, decía, y las hay muchas; discreta, y las hay algunas; perfecta, en fin. . .

ELLA

¿Y las hay?

EL

No. Pero como de aquella á quien yo quiera me figuraré que lo es, doy esta condición por satisfecha.

ELLA

¿Y se da por satisfecho usted también?

EL

También.

ELLA

Ya era tiempo. Había sido exigente.

EL

Pues pido menos que usted. No pido que me comprendan.

ELLA

Es verdad. ¿Por qué?

EL

Porque hay gente demasiado inteligente para comprenderlo á uno. En fin, ¿qué resolvemos? . . .

ELLA

¿Que qué resolvemos? . . .

EL

¡Cómo! ¿Me tiene usted por un hombre práctico, y me cree capaz de haber perdido aquí una hora para no arribar á nada? Por la mujer más divina del mundo. . .

ELLA

¿Eh?

EL (*prosiguiendo*)

. . . Por la mujer más divina del mundo, un hombre práctico no pierde su tren ni se expone á tomar un resfrío. Y este es nuestro caso respectivo.

ELLA

Gracias por el piropo . . . práctico.

EL

Yo me he dejado arrastrar hace poco por terrenos . . . en fin, por terrenos . . .

ELLA

Sí: por terrenos líricos, que no le agradan á usted. No salen á tanto la vara.

EL

Precisamente. Puntualicemos ahora.

ELLA

Me divierte usted.

EL (*Incisivo*)

¿La divierto?

ELLA (*Nerviosa . . .*)

Sí.

EL

Puntualicemos. A usted le agradecería un hombre distinto, opuesto de usted, que la complementara. A mí lo mismo; digo: viceversa.—Ahora bien: usted es linda.

ELLA

Gracias.

EL

Yo feo.

ELLA

Es justicia.

EL

Nos complementamos.—Usted es buena . . .

ELLA

Gracias otra vez. Y ahora, es preciso que usted sea malo, que si nó, no nos complementamos: nos repetimos.

EL

Yo... La verdad es... (*Pausa*). Vaya un obstáculo.

(Pausa prolongada. El mira al suelo, ella á él. Por fin, se atreve):

ELLA (Tímida)

¿Juan Carlos?

EL

¿Qué?

ELLA

Yo... sea buena... lo soy, pero ya sabe usted que en este mundo ¿quién hay bueno del todo?

EL

Yo no sé si seré bueno, pero malo del todo, del todo, no. (Pausa).

ELLA (Cambiando de tono)

¿Qué más había, Juan Carlos?

EL

¿Qué más en mi lista...?—Ah, sí. Usted es sentimental.

ELLA (rápida)

Desde luego.

EL (lo mismo)

Desde luego, yo no.—¿Discreta?

ELLA

Tal vez. ¿Y usted?

EL

Yo... yo... —A veces no.

ELLA

Bien ¿pero las más de las veces?

EL

Sí: otras veces... (Pausa breve). ¿Rosa María?

ELLA

¿Qué?

EL

Si echáramos sobre esto un... un velo discreto?

ELLA

Y falta sólo la principal cuestión.

EL

La grande. Pero tú eres perfecta, Rosa María.

ELLA (*tristemente*).

No lo soy, Juan Carlos; no lo soy.

EL

No lo es nadie. ¡El solo obstáculo casi imposible de salvar!

ELLA (*suspirando*)

Imposible; del todo imposible.

EL

No del todo, Rosa María. Te lo dije ya: para todos los hombres hay un sér perfecto, aunque uno solo: la mujer á quien aman. El amor es ceguera divina, y diviniza la pobre arcilla. Me complementas: vén.

ELLA

¡Juan Carlos! (*Oculto la frente en el pecho de él*).

EL

¡Rosa María! (*Al cabo de un instante se separan algo, y se toman de ambas manos, mirándose en los ojos. Y luego ella vuelve la cabeza, y dice para sí lentamente, del fondo del alma*):

ELLA

«¡Tibio nido donde acabe

Mi vagar en el desierto! . . .»

EL *la ha oído*

¿Cómo? ¿Sabes esos versos?

ELLA (*volviendo en sí*)

¿Tú los sabes también? No creí que leyeras versos nunca.

EL

Quién se libra, alguna vez . . .

ELLA (*con curiosidad*)

Dime, ¿conoces el autor?

EL

Sí . . . sí.

ELLA

Ah! ¿Y de quién, de quién son?

EL (*con un suspiro*)

Míos.

ELLA

¿Tuyos!!!



EL

Míos. ¿No lo oíste? míos.

ELLA

¿Pero qué, cómo? ¿Tú, tú has hecho versos, y esos versos!

EL

En el colegio, ó á poco de salir. Pero ya no he vuelto á caer más.

ELLA

¿Por qué? ¡Son tan preciosos!

EL (*halagado. Autor al fin*)

¿Te gustan?

ELLA

¡Si me gustan? ¡Fueron siempre mi encanto! ¡Oh, ahora, ahora soy feliz del todo! Tuyos: eran tuyos!

EL (*reaccionando*).

¿Y sabes lo que has de hacer ahora para hacerme feliz del todo á mí también?

ELLA

¡Dilo, dilo, que con alma y vida. . .

EL

Pues no decir jamás esos versos, y quemar la copia en que los tengas, y no recordarme nunca que los haya perpetrado.

ELLA

Pero....

EL

Nunca, digo. No puedo rimar versos, yo que quiero hacer negocios. Cada cual, para lo que nació.

ELLA (*con reproche suave*)

Bien; está bien.—Pero al fin y al cabo, si alguna vez por los versos descuidabas los negocios, allí estaría yo para atendértelos un poco.

EL

¿Tú? (*sonriendo*). Tú déjame á mí revolverme en su prosa. Y menos que nunca he de anhelar tras los ensueños quiméricos, pues tengo ya mío mi ensueño viviente.

ELLA

¡Juan Carlos!

EL (*alejándose con ella hacia el fondo*)

Rosa María, para tu guía me llamaste. Hagamos juntos el camino.

ELLA

¡Juan Carlos! (*Se dirigen hacia la izquierda, segun- do término, asidos por el talle. Al cabo de un momento, transición en ella*): Juan Carlos! (*Rompe en risa loca*).

EL

¿Rosa María?

ELLA

¿Pero no has advertido? . . .

EL

¿Qué?

ELLA

Los prodigios de ingenio que hemos hecho hace poco, para tomarlo todo muy en serio, y fingir que nos aveníamos formalmente y según nuestras reglas fijas! . . . ¡Y tú tan grave . . . ! (*Riendo*).

EL (*Riendo*)

¿Qué remedio, si todo nos salía mal?

ELLA

¿Nos complementamos de de veras? ¿de veras nos convenimos?

EL

¿Qué sé yo? Pero si nos queremos, ¿á qué sonarlo más? (*Reanudan su marcha, como antes*). — Sentimentalismos, positivimos, ideales preconcebidos: ¡quimeras! Cuando más arraigados parecen, llega el amor un día . . . ó una noche . . .

(*Desaparecen por entre los árboles de la izquierda, cerca del fondo*).

Telón.

Carlos OBLIGADO.

Los nuestros

Indudablemente, esta tribuna es demasiado modesta para que tengan eco las palabras lanzadas desde ella. Pero no importa. Tengan eco entre nosotros y eso basta. Sepamos quienes son los «nuestros» que salen de la frontera estudiantil y penetran en el trenzado movimiento de la vida, con arrestos de lucha, dispuestos á conquistar prestigios intelectuales.

Hoy toca el turno á Roberto F. Giusti y á Arturo H. Vázquez. Sería de desear que en los números sucesivos tuviéramos ocasión de poner de relieve nuevos esfuerzos de los nuestros, pues que sus triunfos en parte nos alcanzan, como miembros que somos de la misma familia espiritual.

Dr. ROBERTO F. GIUSTI—

Giusti no necesita ser presentado. Lo conocen hasta los adoquines, sobre todo, los de la calle Viamonte que durante ocho años, si no me equivoco, lo han visto pasar, día tras día, con regularidad de péndola, camino de esta Universidad. Giusti es casi un órgano de ella. Ha terminado sus estudios y sigue viniendo, porque las paredes de esta casa no son cosas inertes para su espíritu, ni son sus corredores y sus aulas lugares tan vacíos que no despierten en la memoria viejos episodios de sabrosa recordación. Corredores que han sido tal vez testigos de sus mejores momentos y, sin tal vez, lugar donde

se han incubado sus más rosadas esperanzas. ¡Aulas silentes y corredores bulliciosos!... Sí, se les toma cariño y uno concluye por sentir, en la ausencia, la nostalgia.

¿A qué viene á esta casa, Giusti, todos los días? Viene, simplemente, á conversar. Es un «causeur». Y cuando uno dice un «causeur», dice un elogio, porque la «causerie» es un placer que sólo sienten los espíritus refinados.

Si es la conversación, como ha dicho no sé quién, la fisonomía de la inteligencia, Giusti no puede estar desconforme de su inteligencia. Dicen que agrada cuando conversa y es bastante decir, pues que todos no podemos jactarnos de lo mismo.

En su charla es juguetón, superficial y ático. Es juguetón porque tiene un alma de criatura traviesa. ¡Y es ático pero con un aticismo huérfano de malignidad. Gusta pinchar, lanzar una ironía, como una saeta fina, para luego, pasada la broma, sonreír con una sonrisa de muchacho bueno. Lo mismo que los chicos que hacen cosquillas al abuelo y lo fastidian de tanto que lo quieren.

Superficial... Bien lo parece. Jamás se le ha visto preocupado ni serio. Sin embargo, sería aventurado asegurar que sea Giusti superficial en el fondo. Más bien parece la suya esa superficialidad aparente, á lo Anatole France, que es el remate á que llegan los espíritus de trabazón filosófica que han vivido una trabajada vida interna. Para él la vida se diría que no tuviera los contrastes del claroscuro. Incapaz de apasionarse, sus afectos son tranquilos, suaves y duraderos, como el amor de las mujeres burguesas.

Sirvan todos estos antecedentes del Giusti que habla y del Giusti que vive para mejor comprender al Giusti que escribe, pues se halla una identidad tan estrecha entre el hombre y el estilo.

Giusti ha dado á la estampa un libro de crítica literaria que es, en cierto modo, un inventario del movimiento poético contemporáneo en el Río de la Plata. Para

ello, tomó á todos los portaliras y se puso en tren de hacerlos pasar por su espíritu, como á través de una criba. Muchos quedaron afuera porque eran burdos en exceso y no podían tamizarse por la criba; otros pasaron desgajándose los flancos y algunos, pero muy pocos, llegaron al otro lado indemnes, sin magulladuras ni achuchones.

Ignoro si Giusti tiene razón ó no la tiene en las críticas que hace. Y lo ignoro porque en materia de versos soy dogmático y rancio. No transijo con los versos que no se entiendan de primera intención y antes que la retorcida y alambicada y delicuescente versificación que es hoy de estilo, prefiero la simplicidad de Manrique ó la lírica cristalina de Fray Luis. Encerrado en este dogmatismo, leo muy pocos versos que no sean viejos versos y no puedo acompañar á Giusti en su peregrinación por esa que podríamos llamar selva poética. Selva, sí: precisamente es una impresión de selva la que dejan ciertos versos intrincados, oscuros, impenetrables, donde ni siquiera á la larga se vislumbra un rayo de sol, ni trasciende un solo latido de corazón. Acervo de borrosas ideas caídas en una retorta de forma piruetesca en cuyo interior los ritmos hacen equilibrios funambulescos.

Dejemos esta faz del libro de Giusti como cosa que está fuera del propósito de estas líneas, mero propósito de aplaudir y, si tanto pudiera, de estimular los esfuerzos de los nuestros.

Admiremos la erudición de Giusti. Yo, por mi parte, la admiro, y lo hago, por principio, con todo aquello que no soy capaz de tener por razones de conformación mental.

Antes de concluir, véamos cómo teje su prosa ese Giusti que hemos visto decidir, ático y juguetón. La teje, simplemente, conversando.—Es la suya, diremos, una prosa conversada ó una prosa verbal. En esto, sin quererlo, se acomoda al ideal de Unamuno que abomina los estilos lamidos y «aceitados» y prefiere la prosa «ha-

blada», suelta, espontánea, reflejo directo de nuestro mundo mental.

Para mi santiguada, como diría Sancho, y dicho sea al pasar, no las voy con este canon de Unamuno, que si bien la prosa «conversada» da una apreciable sensación de espontaneidad y de frescura, sólo un severo cuidado del estilo produce frases de belleza inmortal.

El Giusti conversador que emite juicios y dice las más grandes cosas con una noncuranza deliciosa, lo tenemos de cuerpo entero en el libro, donde se ataca á ciertos nombres prestigiosos, bien que sin acritud y sin violencia, con una gran soltura de cuerpo.

El alma de Giusti, de niño grande, se transparenta en su libro en ciertos pasajes que tienen un no sé qué de infantilismo: El estilo se afloja, toma la infirmez de las prosas colegiales, da la impresión de algo desbarbado, falto de esa reciedumbre que suelen tener las prosas adultas y masculinas. Sin embargo, esta flojedad periodística en el estilo es, felizmente, temporaria. Cuando él quiere su prosa se entona, se vuelve de contextura fibrosa; el período se hace turgente y sonoro y palpita con una agitación de vida plena. Mas para esto, es necesario que Giusti se enoje, se emocione, se exalte,—como en el trabajo «Aristarco y ellos»,—que vuelque, en una palabra, ímpetu afectivo en sus páginas que son, generalmente, frías, lógicas, cerebralistas.

Con este libro, Giusti se despide de la crítica literaria. No es difícil, sin embargo, que vuelva al calor de sus pecados, supuesto que han de pesar en su espíritu opiniones de pro que lo incitan á que no abandone la ruta emprendida.

A la verdad, yo no sé, en este terreno, en trance de aconsejar, qué cosa le aconsejaría. Pues la crítica se me antoja un género literario que demanda una siembra abundosa de conocimientos en el cerebro que no tiene una compensación correlativa, pues la cosecha que se recoge suele ser al modo de aquella que se menta en el Evangelio: rica en zizana, pero menguada en trigo.

Es mejor, sí, utilizar el talento, si se le tiene, en crear obra, en engendrar hijos propios, que no en picotear los panales de los otros.

Sin embargo, y aquí de la contradicción, la alta crítica es necesaria como el pan. Tiene la poco grata misión de hacer el escrutinio de la super-poligrafía contemporánea. Ella, la crítica, es fuego depurador, es la quemante llama divina en los modernos autos de fe. Si se equivoca en el escrutinio, sus yerros no tienen perdón de Dios.

Por eso, la alta crítica es altamente necesaria. ¡Y alta crítica es la de Giusti, porque es honesta y serena, autorizada y valiente. Casi es, entonces, preferible que no abandone esta su primera inclinación; que siga en la crítica, que temple sus armas y las mida con los aventureros y los advenedizos que levantan y cercenan repulaciones literarias según el diapasón de sus amistades ó animadversiones personales.

ARTURO H. VASQUEZ—

Vásquez obtuvo con una obrita titulada «Aguas muertas», el tercer premio en el concurso que se llevó á término á fines del año pasado en el teatro Nacional de la calle Corrientes.

La noche en que se puso á luz el veredicto del Jurado, un núcleo de alumnos de esta Facultad llevó el homenaje de su aplauso al camarada que surgía. Como desde entonces han desfilado tantas horas, no conservo en la memoria, fresco, el engranaje de la obra premiada. Y esto no me permite intentar un análisis crítico que, por lo demás, resultaría inoportuno por lo tardío.

Recuerdo, eso sí, que una buena porción de público manifestó su descontento por el lugar jerárquico que asignaba el veredicto á la comedia de Vásquez. El tercer premio era poca recompensa. En mi sentir, si bien el primer premio no le correspondía, pues que la obra que la obtuvo, «Resaca», era de más quilates, considerada des-

de el punto de vista teatral, el segundo puesto lo tenía bien ganado.

Y lo merecía, fuera de otras razones, por su orientación hacia el alto teatro, es decir, hacia un teatro culto donde el lenguaje no se estropea y se barbariza; alto teatro donde las pasiones no aparecen desbordadas sino contenidas por la inhibición cerebral y donde los sentimientos se quintaesencian, se refinan, se multiplicanⁿ; teatro donde hay fintas de ideas lacerantes y fina ironía y un decir galano que levanta el espíritu y lo transporta á las regiones del arte verdadero.

El teatro nacional requiere un refuerzo de autores que tengan pasta de psicólogos y de poetas. De autores que no busquen la emoción objetiva, diré así, á base de violencias de taberna y que necesiten ganar el aplauso volcando sobre las tablas toda la roña social y la mugre de los arrabales.

Se explica esta preferencia en los que escriben para el teatro, pues es infinitamente más fácil poner en la escena á un «malevo», tipo instintivo, alma lisa y unilateral, que hacer vivir á una Madame Allain ó á una Gata de Angora, complicados mecanismos espirituales que no pulsa cualquiera mano.

No basta la técnica, qué ha de bastar la fría técnica para hacer teatro grande. Es menester tener ojo avizor para leer en los espíritus de los otros y tener un poco de fuego en el alma para que, transmitido á la obra, se orle ésta de claridad, se hinche de calor emocional, y se levante por encima de su calculado plan arquitectónico.

Pero volvamos á nuestro asunto: en la obrita de Vásquez se nota un predominio de la parte ideológica sobre la parte sentimental, lo cual, á mi entender, no es un acierto, porque el teatro más vive de sentimientos que de ideas.

No ha sacado partido, como pudo haberlo hecho fácilmente, de la nota erótico-poética que es, seguramente, un recurso infalible en toda comedia escrita para gen-

tés que vistan camisa y coman á manteles.

Recuerdo que su personaje femenino conversaba muy poco, lo cual no es natural en un personaje femenino. Los demás personajes aparecen en trazos esquemáticos. Y se explica, pues en los estrechos términos de una obra en un acto, es dura empresa definir los tipos, caracterizarlos psicológicamente, sobre todo si, como en el caso de autós, los personajes son numerosos.

El alma de la protagonista más se adivina por lo que hace que por lo que dice. Es un tipo femenino de los comunes. Una chica de sociedad que se encuentra abocada á un conflicto de amor, conflicto que resuelve con un gesto que es todo un acierto psicológico del autor.

La muchacha está enamorada de un pintor que frecuenta la casa, el cual pintor tiene tan pocos billetes en el bolsillo como muchas ilusiones en el alma. No se diga que el pintor, á su vez, sorbe los vientos por la chica, porque fuera decir lo excusado.

Interviene el padre de la enamorada y en una escena poco verosímil porque se lleva á cabo delante del pintor, al cual se le ha subido el alma á los labios, le pregunta si es cierto que lo ama. Ella, entonces, entolda los ojos, inclina levemente la cabeza, y con voz dulce y desmayada, responde: Sí, lo amo.

El pintor respira fuertemente. El alma, de los labios se le ha pasado á la laringe. El padre entonces, aborda severamente á la hija y le dice, aparte, algo como esto: Piensa en lo que haces. Si te casas con ese pobre diablo no será de mí de quien recibas ayuda. Elige entre la vida incierta, la vida de aventura, esa miserable vida doméstica donde el pan de cada día es un problema, y esta vida que llevas en tu casa, vida confortable y regalada donde no tienes más que pedir para alcanzarlo todo.

Oído esto, ella mira dulcemente á su novio. El padre la interroga: ¿te quedas? Y ella contesta, (¡oh, prodigios del amor!) ella contesta: me quedo.

Ha preferido al amor desmantelado, el quedarse en su

casa donde hay buena mesa, servicio abundante, nutrido guardarropa, mullidas alfombras y caloríferos á agua caliente.

Veó que estoy faltando á mi propósito primero de no ocuparme de la obra en sí. Voy á respetarlo desde ahora, pues me pongo á pique de que el recuerdo lejano me haga desnaturalizar, sin quererlo, se comprende, alguna intención del autor, ó trastocar alguna de las escenas. Ocupémonos del autor mismo:

Vásquez tiene para todos aquellos que gustamos saborear el dulce ocio helénico, tiene el defecto de ser excesivamente laborioso. El no se aduerme en la aferrante tibieza de las sábanas; es un trabajador afiebrado; y ahí, donde lo vemos, es un luchador porque su vida está llena de esa heroicidad sorda y oculta que tienen los hombres superiores que se abren camino en la vida sin otro remo que el propio esfuerzo, sólo, completamente sólo, sin mendigar un favor, alto el penacho de la altivez castellana.

Tal vez trabaje demasiado. Acaso lo contagie esa manía contemporánea de producir y producir, sin tasa y sin medida: novelistas que distienden su ingenio en un rimero de volúmenes; y filósofos que escriben veinte tomos para desarrollar una idea; y polígrafos que hacen gemir las prensas continuamente con discursos, conferencias, monografías, resúmenes, artículos, memorias y qué sé yo.

Vásquez ha escrito un libro de versos; otro libro se está imprimiendo; ha terminado una nueva comedia en un acto y otra tiene en gestación y esto sin contar sus ocupaciones y sus estudios. Es admirable el esfuerzo y bien merece que el triunfo corone tanta dedicación tesonera.

Yo le diría, sin embargo, si mi consejo tuviera un adarme de valor, le diría que no se precipite, que haga obra lenta, pensada en su esencia y pulida en la forma, pues la fecundidad suele ser una amiga especiosa: da brillo, sí, pero no un brillo fijo y permanente como el del

oro, sino un brillo falaz y transitorio. Recordemos á Flaubert, á Porto-Riche y á Larreta y huelgan comentarios.

Y ya que estoy en este tren de consejero, voy á seguir, obligado por la fuerza del consonante, sin que esto rece en absoluto con Vásquez, á quien creo un muchacho modesto, discreto é incapaz de infatuarse. Y digo que, en mi sentir, los que empezamos, debiéramos curarnos del afán de publicidad y del ansia de llegar. Y curarnos creyendo buena-mente que si existen méritos en nosotros, vendrán los honores sin que se les busque, ellos solos, por propia gravitación. Y por sí esos méritos son más auto-imaginados que reales, es bueno irse desapegando de fantasías y tener parva la ambición.

¡Ambición, ambición y no codicial! predicaba el vasco Unamuno. ¡Ambición!... ¿Y para qué? Al fin de cuentas, ¿qué importa que todo el mundo nos niegue, si llegamos á tener la suerte de que exista una mujer que no opine como ese mundo, sino que se haga la bendita ilusión de que somos grandes hombres?

Carmelo M. BONET.

¿POR QUÉ?

Siempre fueron las flores emblema
De amistad, de ternura . . . pasión,
Ellas son el más dulce poema,
Si Cupido es un dios ¡la oración!

Yo las amo y admiro al Artista
Que en la flor el detalle no olvida,
Son del Genio la hermosa conquista;
Toda flor al ensueño convida.

Pero hay una, el Horóscopo blanco
Margarita pequeña y gentil,
Que derrama doquiera su encanto
Y da vida y donaire al pensil.

Es la flor delicada y graciosa
Que con dedos nerviosos tomé,
Preguntando con gesto de Diosa,
Si es verdad lo que tanto soñé.

Y la maga aristócrata y bella
La verdad de mis sueños negó;
Y en un cielo nublado, mi estrella,
Alejándose más . . . se perdió . . .

Margarita gentil y graciosa,
Que con dedos nerviosos tomé,
Deshaciendo con gesto de Diosa
Tu corola que tanto adoré;

Yo buscara el Principio, la Esencia,
Lo imposible, la fé que perdí
Y á la vida, volviérate un día,
Si al rehacerte dijeras que sí.

¡ Ah! ¿ Por qué me has negado el encanto
De un presagio que abriera una aurora,
Como un sol, que despliega su manto,
De alborada feliz, en la hora?

¿ Y has poblado de dudas mi alma
Y á mi lira la has hecho gemir
Y has robado, tan presto, mi calma,
Y me has hecho, tan joven, sufrir?

No contestas ni quejas, ni llantos,
Ni devuelves el ídolo al templo . . .
Tu corola de pétalos blancos
A mis pies deshojada contemplo . . .

Yo buscara el Principio, la Esencia,
Lo imposible, la fé que olvidé,
Y á la vida volviérate un día
Si al rehacerte dijeras ¿ Por qué? . . .

Rosa Matilde GONZALEZ OREJAN.

DECREPITUDES NUEVAS Y LOZANÍAS VIEJAS

Cada día que paso, en la caminata por la carretera de mi vida, me persuado más y más de que nuestra lengua degenera, decae y retrocede, para desandar lo andado por la amena senda que le trazara el decir del más puro, del más sincero, del más humano de los escritores castellanos: del genial creador del caballero de la Triste Figura. Y esto no fuera tanta mengua, si el descuento del hablar castizo no se hiciese, como se hace, tomando duras y frías voces del tecnicismo de la ciencia pidiendo á la locura neológicas fantasías, y mendigando al extranjero unas palabras por Dios.

No es que yo no crea en la necesidad de nuevos vocablos, y hasta de frases y figuras que, despojadas de las añejas formas, sean enseñas de la moderna expresión; ni es tampoco que me legisle la idea de que debiéramos clausurarnos en la vetusta y clásica mansión de la pasada gloria literaria. No; no es esto lo que bulle y se alborota en mi pobre mollera, y que á fuerza de golpear-me las entendederas se desliza en el papel. No es, no, ni lo uno ni lo otro. Lo que brinca en mi cabeza por la necesidad de salir, es la indignación contra los que estropean y enturbian la hermosa lengua de Castilla, haciendo de ella una jerga enmarañada que la lleva á convertirse en indescifrable galimatías.

En cada instante podemos notar este destrozo del idioma, y entre los muchos que pueden tomarse, presentaré un caso, que es uno de los tantos manjares con que se nos brinda en los días que corremos.

Hallábame repasando y ordenando una viejas revistas, cuando me sorprendió la agradable visita de un amigo, que tiene la desgraciada y heroica fortaleza de ser literato.

— ¡Hola! — me dijo — ¿andais desenterrando de la necrópolis del olvido la senectud escuálida, profanando la paz tórrida y eurítmica en que reposa?

— ¡Qué dices! — exclamé — ¿Qué es eso de paz tórrida y eurítmica?

— Comprendo — respondió — que escapan á tu masa cerebroide de profano la albeantes exquisiteces del impudor sagrado de las musas; pero atiende que para eso llego, pues deseo la opinión de tu arcáica, miope y cristalizada escuela.

— Agradezco — le dije — tus elogiosos calificativos en la debida forma; pero véamos, ¿qué es lo que de mí deseas?

Sacó mi inspirado amigo unas garabateadas cuartillas de papel, y dándome la buena nueva de que pronto irían á casa del editor, me dijo: — oye y juzga:

— En mis escribires todo es opalente, lilial, añorante, flácido y doliente, por eso lanzo mi místico trimar, cual signos algebráicos que desbordan de la copa proyectada por la dinamogénica potencia newtoniana; por eso me elevo hacia vértices ignotos como atraído por la tibiosa Luna de mis telúricos pensamientos; y yo, el de las parábolas lumínicas, no sustento envidieces contra Cristo, pues navego en las aguas de la crême, de la high life y de la non plus ultra intelectual. Yo arranco las

— ¡Si hombre! ¡Sí! — le interrumpí — ya veo que es doliente, y místico y flácido, y todo lo que tu quieras, hasta llorón y matemático; pero eso no es hablar en castellano, ni en chino, ni como Dios manda; es, sensillamente, querer decir mucho para no decir nada.

Todo es en lo que llamas tus escribires, afectación, vanidad y hojarasca; por eso es que en ellos el hablar de nuestros padres se transforma en una jergonza obscura, churrigueresca y desequilibrada, en que se suce-

den las voces átropelladamente como frutos de la demencia; por eso, también, los pensamientos, que viertes son un rosario de barbaridades. Tú, el de las parábolas lumínicas, no envidias á Cristo, no, ni á Buda, ni á Mahoma, así sea; pero cada vez que sientas las imponderables caricias de la lengua de Castilla, tendrás que bajar la cabeza avergonzado ante el esplendor y la gloria de la joberana pluma del manco de Lepanto.

¿ Crees, por ventura, que el desordenado tejido de cuatro locuras presenta el lenguaje del sentimiento? No; los neologismos, los barbarismos y las forzadas transposiciones no son el natural decir del buen gusto; éste sólo se amasa y moldea á través de los siglos, en los pueblos que aman su pasado, que tienen sus creencias, y que, como nosotros, pueden saborear las delicias que les brinda aquel que tuvo la divina inspiración de inmortalizar un loco. ¡¡ El mas sublime loco que se haya creado y se creará jamás!!

— ¡ Voilál! — dijo mi amigo— un enamorado de la senilidad.

— ¡ Sí! — terminé— He aquí un adorador de la vieja España; de la audaz y valerosa España del Cid; de la monumental, de la estupenda España de Lope; de la pundonorosa, caballeresca é incomparable España de Tirso y Calderón; y, sobre todo, de la genial España que, para gloria eterna de la Humanidad, dió á rodar por la tierra la hidalga locura de Don Quijote, que, llevando en la frente el sello de remotas altiveces, señala con serenidad profética la senda de lo bueno, de lo grande y de lo noble.

Sí, hombre, seámos admiradores de España: Que sea mil veces bendita la excelsa madre que nos legó con su hidalguía, su altivez y su nobleza la transparente fluidez de su donoso hablar.

TEMAS DE ETICA

RELACIONES ENTRE LA MORAL Y EL DERECHO

Parece puesto en razón que un trabajo como este se debiera comenzar diciendo qué es lo que se entiende por moral y qué lo que se entiende por derecho. Sin embargo, en lo que toca á la moral,—pues el derecho lo dejamos para más adelante,—á poco que se pretenda definirla se cae en la cuenta de que es empresa imposible.

Ante todo, es menester no confundir moral propiamente dicha con ley moral ó criterio moral. No son una misma cosa como no lo son la religión y sus dogmas, el arte y sus pragmáticas.

Si dijéramos que es «moral», todo lo bueno, no haríamos otra cosa que postergar la dificultad, por cuanto habría que averiguar entonces qué es lo bueno y qué lo malo, cosa imposible, á menos que lo hagamos en una forma relativa. Nos falta, como veremos más adelante, una especie de «metro», incorruptible y de aplicación universal, con el cual poder medir las acciones humanas y establecer el grado ó el quantum de su moralidad. Este «metro» es el criterio moral, la ley moral, el código moral, que tanto han buscado inútilmente los filósofos y que nos permitirá, si algún día se encuentra, decir en forma irrefragable qué cosa es la moral. Hasta tanto, nos serviremos de la «vara», es decir, de una medida circunstancial, mutable y caprichosa, que no es sino el criterio de moral relativo que utilizamos todos los días.

Es conveniente advertir que sea cual fuere el instrumento ideológico,—criterio de moral relativo ó absoluto,—con el cual apreciemos el grado de bondad de los actos humanos, siempre esta bondad se nos presentará como un fruto privativo de nosotros, los hombres, fruto seguramente debido á la amplitud de nuestro desarrollo mental.

Pasa lo mismo con otros conceptos: lo grande, lo chico, lo feo, lo hermoso, que son producto de nuestra relatividad.

Si de este punto de mira se hubiera partido siempre, los viejos filósofos no hubieran caído en el antropomorfismo en que cayeron, dando, por ejemplo, á lo Bueno, á lo Perfecto, á lo Libre, tan grandes trayectorias que empezaban en el hombre y terminaban en los dioses.

La bondad y la maldad no tienen, pues, para nosotros, nada que hacer con un Ente divino, perfecto ó imperfecto, libre ó determinado, concebido á imagen y semejanza nuestra.

Según lo que hemos visto, toda la dificultad de la ciencia moral está en poder calificar los actos humanos. Decir con un fundamento incommovible que son buenos ó que son malos, esto es, morales ó inmorales.

En la vida corriente, una misma acción es calificada de distintas maneras: «todo es según el color del cristal con que se mira». Lo mejor, á este respecto, es repetir la clásica observación de Pascal: «No se ve casi nada de justa ó de injusta que no cambie de cualidad al cambiar de clima. Tres grados de elevación respecto del polo, échan abajo toda la jurisprudencia».

La ciencia moral no puede quedarse satisfecha ante este fenómeno de lo movedizo y cambiante del criterio moral. Y de ahí que se afane en encontrar una ley moral que sea inmutable lo mismo en el espacio que en el tiempo. En forma tal que un acto humano sometido á esta ley, tenga el mismo grado de moralidad en todas las épocas y en todos los lugares de la tierra.

Todas estas consideraciones pueden servir á manera de premisas para concluir en lo que ya se sabe y es que tenemos un criterio de moral relativo y que aspiramos á formular un criterio de moral absoluto.

El criterio de moral relativo es como un fruto de nuestra época, de nuestra región y de nuestra raza. Y como las épocas devienen, las regiones se modi-

fican y las razas evolucionan, también ese criterio evolucionista, se modifica y deviene. Es un producto de las cosas tal como son, un resultado del empirismo.

Puestos á la obra de establecer un criterio de moral absoluto que orientase la marcha ascensional de la moral relativa, los filósofos, han buscado un fundamento de la moral, un «aliquid inconcussum», un substratum incorruptible que sirviera de segura base á una ley de ética definitiva.

En esta requisita, algunos partieron del foco mismo de donde surgen las morales relativas: de la experiencia. La moral utilitaria que comienza con Epicuro y que luego sale más limpia, más definida, más cristalina, al tamizarse á través de los espíritus de Hobbes, de Locke, de Bentham y de Helvecio, es una moral relativa que, sin cambiar su fundamento, que es la utilidad, pretende llegar á los límites de la inasequible moral absoluta. Y dice Bentham, al efecto, que todo consiste en regularizar el egoísmo. Y Helvecio encuentra la solución del problema en la armonía del egoísmo individual con el egoísmo social.

Otros pensadores menos positivos no han creído que la utilidad deba ser el fundamento de la moral. Y así para Pascal es la caridad y para Schopenhauer, la simpatía.

Colocado Kant delante de este intrincado asunto, lo examina aplicando su sistema, de origen platónico, básico en su filosofía, que podríamos llamar de la «doble vista» y que consiste en enfocar las cosas por su lado sensible y por su lado inteligible.

La moral absoluta que debe ser incommovible, firme, diamantina, no puede descansar sobre un fundamento caedizo y voluble como es cualquiera que se desprenda del mundo fenomenal ó sensible. Luego, la moral absoluta debe tener su patria fuera del mundo de los fenómenos, es decir, en el mundo racional, inteligible, «noumenal», ó de las Ideas, en su acepción platónica. En ese mundo inteligible nosotros «libremente» nos imponemos un deber,

elegimos nuestro carácter, el cual obra, después, en el mundo sensible, en forma de imperativos categóricos.

Es claro que una moral de un origen tan puro, tendría como cualidad sustancial, la de ser incontaminable. Sería como una estrella fija, inaccesible, como cosa de un mundo que no es el nuestro, pero útil como punto de referencia por cuanto su lejanía ó cercanía nos daría la medida de la moralidad de nuestros actos.

Pero una ley moral descansando sobre una moral de origen metafísico resulta imposible de ser formulada. Nuestras facultades cognoscitivas son un fenómeno y como tal están dentro del mundo sensible. Luego, es imposible que salgan por sí mismas de este mundo sensible y penetren en el otro mundo, en el mundo inteligible.

Nada sabemos de lo que sea este mundo inteligible y si tenemos de él alguna idea es por oposición al mundo que conocemos. Como concebimos las ideas de lo infinito, de lo eterno, de lo absoluto, de lo perfecto, que salen de la experiencia, simplemente por oposición á las ideas de lo finito, transitorio, relativo é imperfecto, que están dentro de la experiencia.

En resumen: tenemos criterios de moral relativos, empíricos, que conocemos y que han surgido de la naturaleza misma de las cosas. Y buscamos «á posteriori ó á priori», una ley de moral absoluta que sea un punto de apoyo, un jalón matriz incommovible, que nos permita justipreciar la distancia existente entre nuestros actos y la moralidad perfecta.

Esta sucinta exposición del problema moral era necesaria para poner á su vera otra que se refiriese al derecho, en forma que nos fuera fácil compararlas y ver, así, si existen entre ambos concomitancias.

Tenemos un concepto corriente del derecho, el cual está íntimamente ligado con la idea de la libertad de acción. Así, el derecho del más fuerte, fundamental para Hobbes, es una libertad de coacción sobre el más débil; el derecho de pensar, de trabajar, de transitar, involucra

la idea de que somos libres de transitar, de trabajar y de pensar.

Todo derecho supone, entonces, la posibilidad de un movimiento libre. Pero como en la práctica esta posibilidad de movimiento libre puede no ser recíproca, sino un patrimonio del poderoso en menoscabo del débil, resulta que el derecho corriente no nos satisface. Lo encontramos lleno de imperfecciones. Y de ahí que surja la necesidad de reemplazar este derecho corriente con pura base de libertad de acción, con otro derecho en el cual esta libertad de acción no esté reñida con la justicia, con la equidad, con la igualdad.

De manera que nosotros nos encontramos con un derecho corriente empírico, emanado de los acontecimientos mismos, y con la aspiración hacia la formulación de un derecho ideal que marque el norte al derecho corriente. Es el mismo caso, como vemos, de la moral relativa con respecto á la moral absoluta.

De lo que antecede puede desprenderse que si ensayáramos una definición del derecho, sería menester tener presente la bilateralidad con que éste se nos presenta, es decir, no envolver en una misma definición el derecho empírico y el derecho que hemos dado en llamar «ideal.»

El derecho empírico consiste meramente en la libertad de obrar. En cambio, el derecho ideal no se detiene aquí. Avanza más. Exige que á esa libertad de obrar se agregue la condición de no perjudicar á terceros. Y para que no perjudique á terceros, es necesario que tengamos todos una misma cantidad de libertad.

Ya lo decía Kant: «obra exteriormente de tal suerte que tu libertad pueda armonizarse con la libertad de cada uno, según una ley general de libertad para todos».

Lo mismo, para Fouillée, la igualdad de las libertades constituye el derecho. No constituye la justicia, como algunos pretenden, porque la justicia está todavía un poco más arriba. Así, por ejemplo, si el derecho corriente llegara á conaturalizarse con ese derecho ideal

á base de igualdad de libertades, no podríamos, por eso, festejar el advenimiento de la justicia. Porque la igualdad de derechos en un pobre hombre colocado frente á un potentado, puede reducirse á la libertad de morirse de hambre.

Siguiendo con nuestro tema, podemos decir que un derecho empírico puede estar en oposición con el derecho racional, lo mismo que una acción moral, dentro de un criterio moral relativo, podía resultar amoral si juzgada con un criterio de moral absoluto.

Así, la esclavitud fué para los prepotentes del pasado, un derecho, pero un derecho, es claro, reñido con el concepto ideal del derecho. Y lo mismo pasa hoy con el derecho de la propiedad privada: A nadie se le tilda de parásito ni de bribón porque se haga propietario en virtud de la herencia de bienes ó del usufructo del trabajo ajeno. Eso está dentro del derecho corriente. Sin embargo, si á este derecho corriente se le opusiera un derecho de propiedad ideal, por ejemplo, el concebido por Locke y aceptado por la mayoría de los economistas posteriores, según el cual cada uno es propietario legítimo «solamente» del fruto de su trabajo personal, resultaría que la herencia de bienes era ilegítima y que el usufructo, del trabajo de los demás envolvería una apropiación indebida y abusiva de ajenas energías.

Según hemos visto, han fracasado las tentativas de dar contornos á una moral absoluta concebida «á priori». Y de la misma manera, no ha podido ser formulado «á priori», ningún derecho ideal.

Todas las reformas, todos los avances, vienen siempre «á posteriori», es decir, que toda concepción especulativa está fundamentada en la experiencia. Así, verbigracia, de la vida tal como es, surge una forma jurídica que todo el mundo acepta como natural. Pero luego vienen los descontentos intelectuales, los pensadores, los filósofos, y quieren modificar esa forma jurídica y formulan, á este efecto, una teoría que surja, también, de la reali-

dad de las cosas pero que implique una mejora con respecto á la vieja forma jurídica. Mas tarde, la teoría puede convertirse en realidad y esa realidad servir de asiento á nuevas teorías avanzantes. El avance es grada por grada, y el punto de partida, el suelo.

Este proceso lo tenemos evidente en el derecho de libertad personal. La esclavitud constituía un derecho empírico que la religión y la moral corriente toleraban. Este derecho fué anonadado por la filosofía moderna, sobre todo por la francesa, representada, entre otros por Rousseau, Voltaire y Montesquieu.

Y el derecho corriente de propiedad está siendo blanco de tanto ataque inteligente que no sería mucho que se modificase en un tiempo no lejano.

Y ahora, hecha esta ligera exposición del derecho, como complemento de la que se hiciera con respecto á la moral, estamos en condiciones de decir que el derecho y la moral siguen un desarrollo paralelo.

La naturaleza de las cosas, como queda dicho, las circunstancias de época, de clima, de raza, forman un engranaje especial en la vida de relación de los hombres. Unos mismos actos se repiten muchas veces y estas repeticiones los hacen degenerar en costumbres. A lo que en un principio pudo parecer extemporáneo y extorsivo, el hábito le da como una pátina de naturalidad y lo convierte en un derecho. Y ese hábito, esa costumbre que es la madre de los derechos empíricos, engendra, asimismo, las morales relativas que toleran y que amparan á esos derechos empíricos. Las legislaciones no son sino la consagración escrita de los derechos empíricos.

Cambian las circunstancias y cambian en seguida, las costumbres y este cambio arrastra la modificación del derecho y arrastra, en iguales términos, la modificación de la moral.

Resultan el derecho y la moral como dos cosas que emergieran de un fondo común.

Esto en cuanto se refiere al derecho empírico y á la moral relativa. Y en lo que atañe á la moral absoluta y á

un derecho racional ó ideal, observemos que hay para ambos una dificultad idéntica de encontrar un fundamento inconvencional.

Y es de notar cómo los filósofos cuando han pretendido encontrar un fundamento de la moral, aplican al derecho este mismo fundamento. Y es tan así, que todos aquellos que militan en el bando de la moral utilitaria, sostienen que debe ser la «utilidad», el eje de las relaciones jurídicas.

Para Fouillée, la culminación del derecho ha de llegar cuando tenga como fundamento la libertad moral. Y es, también, la libertad moral el fundamento de su ética.

Y Kant que, según hemos visto, da como «modus» de saber si es legítimo un derecho, la universalización de la libertad de obrar, aconseja el mismo procedimiento para saber si es moral ó inmoral un acto humano.

En conclusión, podemos decir que gracias á este maridaje del derecho y la moral, contamos con un medio directo que nos lleve gradualmente á la depuración de esta última. Este medio es el uso de la razón: La prédica inteligente é incesante modifica las maneras de pensar. Y esta agitación en el mundo de las ideas, cambia las maneras de obrar, es decir, cambia las costumbres. Y con costumbres mejores hay, como resultante lógica, progresos en el terreno del derecho. Y estos progresos no tardan en graficarse en la escritura de los Códigos. Y habiendo buenas costumbres y leyes sanas, la moral, correlativamente, ha dado un paso hacia adelante, satisfaciendo la tendencia humana de marchar siempre hacia lo mejor.

C. M. BONET.

Ladi Elena Jofré

† En La Plata el 23 de Mayo

Es en horas tristes como la presente, en que la Sinies-
tra abre brechas irreparables en el pequeño grupo, cuan-
do se advierte la oculta y fuerte obra de vinculación que
nuestra Facultad, la más modesta y la más querida, va
realizando á través de los años entre sus alumnos.

Vamos siendo pocos los que hemos conocido en estas
aulas á Ladi Elena Jofre. Dispersados por la vida á todos
los vientos del destino, alejados los unos de los otros
los que durante años enteros habíamos vivido en estre-
cha comunión de ideas y de sentimientos, comenzábamos
á tener de Ladi—permítasenos llamarla así, como antes,
con afectuosa familiaridad,—sólo un vago y cariñoso re-
cuerdo. Pero ha bastado que la noticia terrible nos sor-
prendiera bruscamente, para que de pronto reviviese en
nosotros la memoria de todo lo que representó en esta
casa la buena compañera, y para que sintiéramos de qué
modo estábamos unidos á ella por los lazos del espíritu,
tal ha sido la pesadumbre que nos ha causado su par-
tida sin regreso.

Le habíamos estrechado la mano por última vez á
mediados del año pasado, cuando rindió exámenes ge-
nerales. Era la de siempre, pequeñita, afable, callada.
Vino silenciosamente á dar sus últimas pruebas y se volvió
á La Plata á continuar la dura brega del magisterio y
á preparar la tesis que había de conquistarle el título,
pocas veces en casos iguales tan merecido por la labo-
riosidad y la inteligencia. No debía de ver realizadas las
aspiraciones á que consagrara ocho años de estudio tenaz:
su organismo, rápidamente minado por una cruel dolen-

cia, no pudo acompañar á su voluntad en el imperioso anhelo de triunfar que la animaba.

Como alumna honró seriamente á la Facultad con su claro espíritu y su dedicación al trabajo; como compañera no se granjeó sino simpatías, con su equilibrio moral, su benevolente tolerancia con todo y con todos, su exquisito tacto de dama ingeniosa y discreta, su nunca desmentida lealtad. Su vida puede ser señalada sin exageración como ejemplo: sola, sin parientes, abandonada á sus propias fuerzas en una tierra que no era la suya, no poseyendo otro patrimonio que el de la sólida educación moral y social que le legaran sus padres en la infancia, transcurrida en San Juan, su provincia natal, había conseguido, sacando estímulos de su propia desventajosa condición, hacerse un nombre en el profesorado y ocupar una envidiable posición en la sociedad de La Plata, rodearse de afectos que la han seguido hasta la tumba y no han de detenerse allí, é imponer á cuantos la conocieron el respeto que no pueden menos que inspirar estas mujeres fuertes, estas «self-made=»women» que saben edificar su existencia con tan inquebrantable constancia.

Llenos de ese respeto del que somos los primeros en participar, nos inclinamos acongojados ante su fosa, y sobre la tierra recién removida deshojamos las más puras flores de nuestro afecto. — R. G.

—La noticia del fallecimiento de Ladi Elena Jofre se supo demasiado tarde en la Facultad, para que sus antiguos compañeros pudiesen acompañar sus despojos mortales hasta el camposanto. Rindió, sin embargo, ese extremo tributo á la extinta, su amiga y compañera de estudios señorita Celedonia Fernández Coria, y no dudamos que en ese instante nuestra condiscípula tenía la conciencia de que nos representaba á todos, sin una deserción.

En la sesión de la Comisión Directiva del Centro, del 22 de mayo, el vocal doctor Roberto F. Giusti conmemo-

ró a Ladi Elena Jofre con sentida sobriedad, invitando á los presentes á ponerse de pie en homenaje á la extinta.

En La Plata su entierro dió lugar á una elocuente manifestación de duelo en la que hicieron acto de presencia todo lo que de más representativo hay en la sociedad y el magisterio de esa capital. Acudieron también á dar el último adiós á la malograda educacionista sus numerosas alumnos y ex-alumnas, y los diarios estuvieron unánimes en rendir el merecido homenaje á su memoria, en extensas notas necrológicas. Al ser enterrados sus restos hicieron uso de la palabra los señores: Jorge A. Susini, en nombre de la Escuela Normal y Asociación de maestros; doctor Julio del C. Moreno y señorita Elvira González, en nombre del Liceo de Señoritas; Edelmiro Calvo, en el del Centro Mary O'Graham; señorita Mercedes Valvidares, en el de las egresadas del Liceo y de las alumnas de 4º año de la Escuela Normal; señoritas de Rodríguez y Azarini Alsina, en el de 4º y 5º año del Liceo; señorita Borrone, en el de las alumnas de 1er. año de la Escuela Normal; señorita María Teresa Bonanni, en el de las compañeras del Liceo, etc.



Notas y Comentarios

LOS EXAMENES GENERALES—

Haciéndose eco de una aspiración de la mayoría de los alumnos, la Comisión Directiva, en sesión del 12 de Junio, encomendó al Presidente del Centro la redacción de una nota que ha de dirigirse al Consejo de esta Facultad solicitando la derogación de los exámenes generales. Creemos que esta solicitud será acogida deferentemente y sometida á una resolución de parte de ese alto cuerpo.

Se nos ocurre que la lenta marcha ascensional de esta casa universitaria, tiene ocasión en estas tres razones fundamentales:

1º Falta de validez de los títulos para el ejercicio del profesorado.

2º La heterogeneidad de los estudios.

3º La excesiva extensión de la carrera.

El primer obstáculo ha sido ya resultado merced á las diligentes gestiones de nuestro Decano doctor Norberto Piñero.

Contra el segundo rompió lanzas no hace mucho el doctor Carlos O. Bunge, y á fe que tenía el apoyo moral de todos los alumnos. Quiso especializar los estudios dividiendo el actual doctorado de Filosofía y Letras en tres doctorados: uno de Letras, otro de Historia y un tercero de Filosofía. De esta manera se evitaba la superficialidad del enciclopedismo.

Los alumnos de letras, por ejemplo, sabrían, acaso, poca cosa ó nada de la fontanela metópica ó de la ascensión recta de las estrellas, pero dominarían su latín y conocerían á Virgilio, á Dante, á Shakespeare, á Goethe, á Molière, directamente y no á través de resúmenes y de comentaristas.

Los de filosofía, á su turno, ignorarían quienes fueron Torres Naharro ó Bonvesin da Riva, pero tendrían algo

más que una simple referencia de Platón, Aristóteles, Kant, Descartes, Comte, Spencer y demás miembros de la familia pensante. Y en historia lo mismo.

Tenemos entendido que fracasó el proyecto del doctor Bunge, pero no perdemos la esperanza de que sea reeditado, subsanadas las fallas de disposición de que pudiera adolecer.

Contra el tercer obstáculo irá nuestro pedido de derogación de los exámenes generales. La carrera es muy larga. Los cinco años del programa son un espejismo. Pues creemos que todo estudiante que no haga de sus estudios una ficción, necesita por lo menos ocho años para conquistar el título de doctor en Filosofía y Letras: seis años para preparar las 23 asignaturas del programa; un año para los exámenes generales; y un año para la tesis. Es demasiado. Y lo palpamos: la mayoría de los estudiantes defecionan ante la magnitud del esfuerzo. Y á los otros, á los que avanzan, la vida concluye por absorberlos en la mitad de la jornada.

He aquí por qué sería obra buena quitar los exámenes generales, aliviar á los estudiantes de un año de trabajo redundante, según lo trataremos de demostrar en otro número, si es que la vitalidad de «Verbum», llega hasta tanto.

LOS COLABORADORES DE «VERBUM»—

Uno de los beneficios más apreciables que aporta la publicación de una revista entre nosotros, es el de conocernos. Por lo general, ignoramos el valor intelectual de los alumnos que nos son menos allegados. Hay como un ambiente igualitario dentro del cual todos parecemos iguales. Sin embargo, nada más fuera de orden natural de las cosas que este paralelismo de valores. Necesariamente tiene que haber entre nosotros elementos de más ó de menos valía. Que se revelen los que valgan: he ahí lo que deseamos y hé ahí la razón primera de la existencia de «Verbum».

Este programa de revelación ha empezado á cumplirse en una forma que tiene que ser halagadora para todos

los pechos bien nacidos, es decir, para los incapaces de sentirse molestados por la superioridad ajena. En este número de «Verbum» aparecen dos ó tres trabajos que podrían figurar honrosamente en publicaciones de literatos formados.

Uno de ellos es digno de toda alabanza por el vigor de su contextura, la musicalidad de sus períodos y la unción artística que vibra en su fondo. Esta composición nos está revelando una mano experta en el difícil manejo de ese magnífico instrumento que es el idioma y, lo que es más importante, nos pone de manifiesto un temperamento exquisito capaz de enriquecer las letras nacionales con filigranas de subidos quilates.

Hay otro trabajo que se impone por la limpieza de su estilo y la delicadeza de su fondo. Es algo escrito con guante blanco y que nos está mostrando á un escritor formado y con mucha pasta de poeta.

No faltan otras composiciones bastante discretas, si bien muchas de ellas, á nuestro juicio, ponen á la luz, de sus autores, un defecto que es casi general en las gentes que escriben. Y este defecto la fácil conformidad con la propia obra. Se enamora uno de lo que ha escrito y así lo lea cincuenta veces no repara en que el párrafo cojea, y en que los términos son imprecisos, y en que las ideas no se «ven» como fuera menester que se vieran, esto es, con esa claridad con que se notan las guijas en el fondo de los arroyos montañoses.

Con un poco ó, mejor, con un mucho de severidad consigo mismos y poniendo la proa hacia los grandes modelos, y trabajando sin desmayos y, más que nada, sin apuro, muchas plumas hoy vacilantes podrán vestir ideas limpias con ropaje gallardo.

Amén.

SOCIOS PROTECTORES—

Agradecemos á los doctores Rafael Obligado, Antonio Porchiatti y Francisco Capello la ayuda que se han servido prestar á este Centro, vinculándose, así, indirectamente, á la obra de solidaridad en que están empeñados

todos los miembros de la Federación Universitaria. Apreciamos en lo que vale tal concurso y esperamos que no sea éste el único concurso que recibamos. Como en otras Facultades, aquí también se irán acortando las distancias hasta unirse profesores y alumnos en una misma labor, la labor de levantar, por el estudio, el nivel de la raza humana.

DELEGADOS AL CONGRESO DE LIMA—

El mes pasado fueron nombrados como representantes de este Centro al Congreso de Lima, los estudiantes Alfonso Corti y Luis Matharán. Hicieron la travesía por Magallanes, sin llevar ningún libro de Papá Kant, ni de sus cofrades. Tampoco comentarios de Alberini. El viaje resultó delicioso.

En Santiago, demostraron excelente apetito. En Lima, siempre al decir de los diarios, resultó la tenida de los estudiantes un acontecimiento de primera magnitud. Ahora vienen de regreso. Traen, entre otros recuerdos, una lápida que encontraron en la tumba de Don Ramiro. Dentro de breves días, Dios y el trasandino mediante, estarán, de nuevo, en el seno de sus viejos afectos.

VALIDEZ DE LOS TITULOS—

Por fin se ha conseguido del señor ministro de Instrucción Pública, la declaración de validez para la enseñanza secundaria de los títulos otorgados por esta Facultad.

Es este un hecho que no debe pasar inadvertido, pues es, para esta casa, de vitalísima importancia. El próximo año palparemos los resultados.

Al elevado propósito de cultura que persigue esta Facultad se agrega, ahora, una finalidad positiva que hará posibles los altos estudios al abrigo de las bajas preocupaciones de orden económico.

Con este motivo, nuestro Decano, el doctor Norberto Piñero, por su intervención tesonera en este asunto, se ha hecho acreedor á los plácemes de todos los estudiantes.

